

Libro III

De la consagración a la excomuni3n de Napole3n (1804 - 1809)

1. Frente a la crisis

Una vez alojada la Congregación, el P. Chaminade no tardó en instalarse personalmente en el nº 65 de la calle Lalande, frente a la capilla donde le esperaban trabajos, consuelos y dificultades.

Las primeras en venir fueron las dificultades. La reconciliación oficial de la Iglesia y el Gobierno no debe engañarnos. El catolicismo gozaba de paz, su jerarquía era reconocida por el Estado, tenía su lugar en la vida nacional; pero entraba poco en la vida de las personas. Diez años de cisma, de irreligión, de persecuciones sangrientas, habían conducido a las masas a la indiferencia religiosa. A los ojos de muchos la religión no sobrevivía más que para realzar con su liturgia el brillo de algunos días. No era maestra de vida. La fe era rara.

En Burdeos más que en muchos otros lugares. La supresión de la Compañía de Jesús en 1762 había sido el inicio de una rápida decadencia.

–¿Es que he cometido una falta imperdonable? –parece que dijo a su confesor Sr. Alary el procurador general Dudon, tras la sesión del Parlamento que había condenado a los Jesuitas.

–No –le debió responder el Sr. Alary–, pero sí irreparable.

En vísperas de la Revolución, no había más de 5.000 comuniones anuales entre los 40.000 feligreses de Santa Eulalia, 4.500 entre los 30.000 de Saint-Remy y de 700 a 800 entre los 5.000 de Saint-Pierre. El P. Chaminade podrá escribir un día:

Antes de la Revolución, la frecuentación de los sacramentos, incluso en Pascua, estaba como perdida entre los hombres.

Puede imaginarse qué sociedad había salido de allí y qué dificultades afrontaba quien, al comienzo del Imperio, se proponía formar una asociación de jóvenes decididos a ser «descaradamente cristianos».

Se habla mucho de instrucción pública y de religión –anota el escéptico Bernadeau en sus *Tablettes*– y, sin embargo, jamás se han hallado tantos vicios e ignorantes. La vestimenta de las mujeres se acerca cada vez más a la desnudez en todas las clases de la sociedad. Se va a misa como se va a la comedia, por desocupación.

En otros términos, el P. Chaminade no es menos categórico:

A cualquiera que quiera estar de buena fe en las asambleas que se realizan en nuestros templos, sobre todo en aquellas en que la solemnidad atrae a todos los niveles de la sociedad por conveniencia o por cualquier arrebatado de alegría que exija públicas acciones de gracias, le pregunto si la abundancia de asistentes hace abundancia de fieles. Y le pregunto también si, fuera de los días de solemnidad de que acabamos de hablar, no está el templo desierto. ¿No lloran los muros de los lugares santos la dispersión del pueblo de Israel?

Para cambiar la situación había que tener un grupo selecto, generoso, resuelto y conquistador. En 1801 el P. Chaminade lo había encontrado en las personas de Lafargue, Darbignac, Estebenet, Rotis y otros. En 1805 le faltaba. Algunos de sus primeros discípulos, y de los mejores, habían muerto: Pierre Capdeville, Pierre Fautous, Alexandre Dubosq. Otros habían dejado Burdeos o se habían casado. Darbignac, Lafargue, Estebenet, cada vez más ocupados por sus colegios, ya no podían ejercer cargos activos en la congregación. Los que

habían sido formados a su ejemplo y que hubieran debido reemplazarlos habían entrado, en su mayoría, en el seminario. El reclutamiento militar se llevaba a otros. Quedaba una tropa disminuida y demasiado pocos jefes.

En 1802 y en 1803 la congregación de las jóvenes había aumentado cada año en cincuenta y seis nuevas. En 1804, esta cifra cae a dieciocho; en 1805 solo son diecisiete. Y sin embargo el año 1804 es en Burdeos el año del Jubileo, que predicen cuatro hombres de ardiente celo: Rauzan, Drivet, Lacroix, Maurel. Es evidente que los tiempos son duros.

Hacia la misma época se declara una epidemia en la aglomeración bordelesa. Según el abate Rigagnon, se originó por los desagües de los arroyos del Peugue:

El barrio de Santa Eulalia fue el primero en ser alcanzado. El mal se metía en casi todas las casas que lo componían y la muerte hizo tan enormes estragos que se vieron en la iglesia hasta seis cuerpos a la vez.

Esta circunstancia no era precisamente la más apropiada para favorecer el reclutamiento.

El director de la congregación no se desanimó. Con Arnozan, el prefecto de 1804, Timothée Lacombe y Lafon, los de 1805, Quentin Lousteau, totalmente entregado a las clases de preparación antes de tomar él mismo la dirección de la obra en 1806, y aprovechando también las observaciones de los antiguos prefectos Lafargue, Darbignac y Estebenet, puso en marcha en la primavera de 1805 una nueva organización adaptada a la penuria de jefes y al número restringido de miembros.

Entre los jóvenes desaparecen las fracciones o, si se prefiere, se reducen a dos, que toman el nombre de «divisiones».

Las divisiones no tienen ninguna primacía una sobre la otra. Dotadas de una amplia autonomía, bajo la dirección y responsabilidad de un jefe que el Consejo de la congregación les propone y cuya elección se somete a su ratificación cada semestre, tienen asambleas distintas, cuidan de sus propios enfermos, celebran los funerales de sus miembros. Cada una nombra en su seno dos oficiales de honor, un secretario y un administrador particular, que presentan a la aprobación del Consejo. Las deliberaciones, si ha lugar a ello, se toman en escrutinio, en presencia del prefecto o de un antiguo prefecto.

Las comuniones generales se hacen en común. Las dos divisiones asisten juntas a los oficios religiosos y concurren una y otra a las asambleas públicas. Cada seis meses se pronuncian sobre la elección del prefecto, que puede ser elegido de una u otra y cuyos jefes constituyen los dos asistentes. No tienen caja particular. Se ayudan mutuamente en todas sus necesidades. La clase de los aspirantes y la de los probandos son comunes para ambas.

No se puede ser aspirante antes de los 16 años, ni después de los 36. No se puede ser cuando está uno casado. Con menos de 16 años, se es postulante; después de los treinta y seis, si está uno casado, pertenece a los Padres de familia.

Para entrar en la clase que sea, hay que tener una profesión compatible con las obligaciones, no carecer de estado o de medios, no estar señalado por una vida escandalosa, no frecuentar los lugares públicos o prohibidos por las leyes de la Iglesia, cumplir los deberes religiosos, no ser enemigo del Gobierno público, haber obtenido la aprobación del Señor director...

Los antiguos prefectos y los prefectos honorarios forman un colegio de censura encargado de la guarda de los reglamentos y de la suspensión, revocación o destitución de los oficiales en casos graves. Tienen la obligación de conservar el espíritu de la congregación y de llevar ante la censura del consejo los casos que se aparten.

La revisión de los congregantes recibidos se realiza todos los años en sesión particular del consejo, entre las fiestas de Todos los Santos y de Navidad. La violación de los

deberes del congregante, la falta de exactitud a los ejercicios y reuniones durante el año, cuando es fruto de indiferencia o de causas más graves, son motivos de exclusión. La exclusión puede ser retrasada o declarada provisional, incluso cuando ha sido deliberada sin reservas. El consejo puede privar de asistencia a las asambleas como advertencia o corrección.

El resultado de la revisión es presentado en la asamblea general de los miembros de la congregación. Es seguido de una visión general del estado posterior de la congregación.

La modificación más importante se refiere a los sustitutos. A pesar de la supresión de las fracciones, siguen siendo, como en el régimen anterior, el quicio sobre el que gira el edificio de la congregación. Pero, despojados de toda prerrogativa, sin ningún título a ojos de los congregantes, que no deben ver en ellos más que hermanos celosos, actúan medio en secreto.

Elegidos por el Consejo, cada uno tiene la responsabilidad sobre diez miembros, para con los que son discretos ayudantes del jefe de división. Este, sin llamar la atención, les procura reuniones particulares con él, con el prefecto, con el director. Les inspira «un verdadero celo por los jóvenes que les son confiados», les sugiere

las piadosas delicadezas que pueden emplear para sostener el espíritu de fervor entre los congregantes y fortalecer la unión que debe reinar entre ellos.

Todas las semanas recibe de ellos un informe oral o notas escritas sobre el estado de fervor de cada asociado.

Los sustitutos son personas de confianza, cuya misión exige muchas cualidades. Encontrarse cada semana con cada uno de los diez miembros que tiene a su cargo, mantener lazos de amistad con todos y sobre todo con aquellos que son más débiles en la virtud, reconducir a la obra a los que se alejan, exige tiempo, abnegación y tacto.

¿Por qué rodeaba el P. Chaminade de secreto estas funciones? Parece que, aun asegurando a la juventud el beneficio de una atenta solicitud, haya querido ahorrarles la desagradable impresión de una minuciosa vigilancia. De una institución análoga escribe:

De otra forma, su celo no hubiera tenido efecto: los jóvenes los habrían tomado por incómodos vigilantes.

De hecho ¿qué congregante pudo ignorar que un hermano que le recordaba regularmente las comuniones generales, jugara un papel en la organización del conjunto?

Este conjunto es un cuerpo al que un alma asegura las propiedades de la vida.

Al acceder al cargo, cada oficial recibe un resumen de sus deberes, el *Directorio*, y una serie de reflexiones destinadas a guiarle, que es la *Instrucción*.

Nos ha llegado la mayoría de estos escritos. Los directorios son claros, breves y precisos como órdenes de misión. En las instrucciones las finas anotaciones, los consejos experimentados, las santas ambiciones del director se transparentan bajo la elocuencia abundante y difusa de su secretario, el abogado David Monier.

A tal señor, tal honor. Este es el *Directorio* del prefecto:

El prefecto debe conocer bien el instituto de la congregación de los Jóvenes, las decisiones del consejo y el directorio de todos los oficiales. Debe supervisar de continuo su ejecución. Todos los días debiera leer al menos una parte.

Debe estar habitualmente informado de todo lo que sucede en la congregación, viendo para ello todas las semanas a los jefes de división y a los tres introductores, echar una ojeada de tiempo en tiempo a sus listas de miembros, sus listas de asistencia y las de su correspondencia con los ausentes.

Debe también cuidarse de las relaciones bastante frecuentes con los cuatro oficiales generales: Secretario general, Tesorero general, Oficial de Honor en jefe y Oficial de Orden en jefe.

También debe tener relaciones de amistad con todos los antiguos prefectos y prefectos honorarios.

Estará, por así decirlo, en relación continua con el P. director, para ponerle al corriente de todo lo que es objeto de su solicitud habitual o para recabar su opinión.

También debe entenderse con el P. director en cuanto a las relaciones con la Asociación de Padres de familia y sobre todo en cuanto a la asistencia a sus asambleas.

El señor prefecto hallará además otros temas para su observación en la lectura atenta del *Instituto*, o de las decisiones del Consejo. Se le invita a formar una especie de pequeño diario de todo lo más especial que pasa en la congregación, tanto bueno como malo. Esta precaución le será muy útil en sus relaciones con el director o con el Consejo.

Después de la ceremonia de recepción de congregantes recibe del introductor de los probandos las notas que se le dan sobre los candidatos recibidos. Por la tarde, tras la presentación de los nuevos congregantes en su despacho, los envía al jefe de la división a la que los jóvenes deberán pertenecer.

La Instrucción comenta:

El prefecto debe conocer todas las instrucciones de los diversos oficiales. Debe haberlas meditado bastante para ayudar, en caso de necesidad, a cada oficial con sus consejos.

Hay que prestar ayuda y socorro a quien los reclama. Pero la vigilancia se ejerce sobre aquellos que no la piden y, normalmente, sin que se den cuenta.

El servicio del prefecto en relación con esta vigilancia es el más delicado de todas las operaciones de los oficios. Porque la vigilancia no debe ser equívoca ni parcial; por otro lado no debe ser molesta ni inquietante.

El mejor modo de llevar esta vigilancia debe consistir en una comunicación confidencial con los diferentes jefes.

La expresión de los pareceres, consejos, órdenes, debe ser la de la caridad bien iluminada.

Será raro que se hayan realizado bien los demás oficios y que sea uno incapaz en este, con tal de que en los diversos ejercicios se haya adquirido una madurez suficiente.

Que se guarde bien el prefecto de entrar en los detalles que le absorberían y le harían perder de vista los hilos principales que debe conducir. A veces es necesario hablar en público, pero deberá ser rara vez y brevemente.

Después de la dirección general de cada oficial, el prefecto debe pensar en cómo llevar las asambleas. Es ahí donde debe tratar de que la instrucción y el entretenimiento vayan a menudo unidos o que, por lo menos, se sucedan.

Con este objetivo, el prefecto debe poner en acción a los sujetos más distinguidos de la congregación. Si en la congregación faltan las buenas obras o los ensayos, debe suplirlos con anécdotas, fragmentos de pequeños tratados sacados de buenos autores poco conocidos.

En tal caso es conveniente confiar la palabra a aquellos que tienen mejor voz y dicción más clara entre todos los que no sabrían escribir, se trata de un medio muy útil para variar los tonos y prevenir la costumbre que acaba por hacer insípidos a los mejores oradores.

Después de los consejos que debe dar a los oficiales principales, la vigilancia de los oficios y la atención para alimentar las asambleas, el prefecto debe reservarse algunos momentos para acoger y visitar a los congregantes que necesitan más ayuda y consuelo, o porque la necesidad viene de los apuros de las personas, o porque se refiera a puntos de vista más especiales que puedan tenerse sobre una persona de la que se esperan mejores actuaciones. Todos los deberes del prefecto se ciñen a estos cuatro objetivos, a menos que se le quiera añadir uno particular sobre el mantenimiento de los despachos, en los cuales basta que recuerde las opiniones

generales sobre sus cuatro principales deberes. A todos los oficiales se ha recomendado paciencia, humildad, confianza en Dios y recurrir a él, invocar a la Santísima Virgen y varias otras disposiciones. Ya no queda sino pedir a todos los que son llamados al grado de prefecto que ofrezcan, si es posible, en el ejercicio de todas las virtudes un cierto grado de eminencia que los demás no hayan podido alcanzar aún. ¡Cuando el cristiano ha entrado en su camino, no hay más que pedir para obtener!

¿No era esperar demasiado de jóvenes seglares? Como los Vicente de Paul, Juan Eudes u Olier, que restauraron la vida cristiana en el siglo xvii, el P. Chaminade supo descubrir y dirigir un grupo selecto que secundó fielmente sus puntos de vista.

Marc Arnozan, el prefecto de 1804 y de 1807, había podido conocer a Chaminade desde la Convención. Pertenece a aquella vieja familia uno de cuyos miembros, Michel, había desafiado a la muerte de forma permanente durante el Terror, escondiendo a los sacerdotes refractarios. Había combatido bajo la República. Desde su retorno a Burdeos, probablemente en 1802, se incorporó a la congregación. Se entregará a ella de tal forma que llegará a vender su comercio para no tener ninguna otra preocupación. Dicen que en el ejército hizo amistad con Lafon, el futuro actor trágico. Este, ya célebre, fue a representar a Burdeos. Marc Arnozan no escondió su ardiente deseo de ir a oírle, pero se abstuvo para dar ejemplo a sus hermanos jóvenes. En los días de su vejez, cuando sus ojos le traicionen, pedirá a un congregante caritativo que le guíe en sus oraciones y que le lea la *Imitación de Cristo* o la vida de los santos. Su amigo Quentin Lousteau, el prefecto de 1806, menos cultivado, no le cedía en generosidad. Igual que él, permaneció célibe y dio a la congregación su tiempo y sus modestas rentas. Hombre de fe, imponía a todos por la superioridad de su carácter y por el brillo de su virtud. Sus cualidades se afirmaron durante mucho tiempo en las clases preparatorias para la congregación.

De los dos prefectos de 1805, Timoteo Lacombe y Jacinto Lafon, conocemos ya al segundo y tendremos aún ocasión de hablar ampliamente de él. A lo largo de una vida agitada, fue víctima más de una vez de su temperamento fogoso; no se le puede negar ni el entusiasmo, ni el amor al riesgo ni el espíritu de iniciativa. Y estas son cualidades de jefe.

Timoteo Lacombe, después de haber sido colega suyo en la enseñanza en Figeac, recibió las órdenes y consagrará su vida a las vocaciones sacerdotales. Administrador primero del seminario menor de Burdeos, trabajó para hacer que se confiara este a la Compañía de Jesús. Tras conseguirlo en 1816, recorrió las regiones del Centro y trajo de allí un buen grupo de seminaristas. En 1812 fundó, para suscitar vocaciones en la misma diócesis, «las pequeñas comunidades de clérigos» y encontró en el clero de Burdeos y de Libourne dignos émulos y celosos auxiliares. Fue en Francia uno de los más activos propagadores de la devoción al *viacrucis* y, por su amor a la Virgen, fue conducido a los Monfortianos, donde no pudo quedarse a causa de su mala salud, y volvió a Verdélais, junto al antiguo santuario de Nuestra Señora, a terminar su vida, fiel a su misión de educador de clérigos.

En 1809 la prefectura fue ejercida por Pierre Goudelin. Pronto, hecho sacerdote, dirigirá la Institución de Sordomudos de Burdeos. El sacerdote Sicard lo querrá como sucesor suyo en París.

Mi querido colega –le escribe ya en su lecho de muerte–, le entrego mis queridos hijos. Entrego sus almas a vuestra religión, sus cuerpos a vuestros cuidados, sus facultades intelectuales a vuestras luces, a vuestros medios. Cumplid esta noble tarea y moriré tranquilo.

Con mucha repugnancia, pero lo acepta a instancias del P. Chaminade, aunque no estará en el cargo más que dos años. Le atraía el apostolado de la palabra. Lo ejerció con éxito como superior de los Misioneros diocesanos de Burdeos; luego, en 1832, con Estebenet,

decano de los antiguos prefectos de la congregación, abrazó la vida religiosa en la Compañía de Jesús, donde murió en 1863. P. Lapeyre hizo este retrato suyo:

Hijo de un vaquero y educado como por caridad hasta el sacerdocio, para el que había sentido la vocación desde muy joven, se hubiera dicho que era de raza de príncipes. Príncipe parecía ser, en efecto, por su buen tono unido a la mayor sencillez, por el gusto exquisito y muy cultivado por las letras, por su espíritu natural, contenido y que no se manifestaba sino conscientemente, sobre todo por la verdadera elocuencia de la cátedra. Cuando subía a ella, su elevada estatura, su fisonomía austera y ligeramente socrática, su voz grave y suave, su gesto precursor del sentimiento que le animaba y que la más correcta improvisación hacía pasar de inmediato al alma de su auditorio – aunque este auditorio hubiera estado compuesto a la vez por los más elevados espíritus y por los más incultos– tal era este hombre...

El P. Lalanne escribió que el P. Chaminade

era extremadamente circunspecto en todas las cosas, excepto en la selección y empleo de los hombres.

Esto fue quizá verdad en algunas circunstancias en que a falta de elementos cualificados, el Superior de la Compañía de María tuvo que someterse simplemente a la Providencia. En el gobierno de la congregación tuvo buena mano. Los prefectos le honran. Les pidió mucho y ellos respondieron a todo lo que de ellos esperaba.



No se puede reproducir aquí la *Instrucción* de los jefes de división. Es un verdadero pequeño tratado, cuya introducción dará alguna idea.

Al frente de cada fracción principal de la Compañía se nombra un Jefe de división. Como tales, tiene que cumplir tres funciones: 1) mantener al conjunto de las personas en el estado de vida y virtud, que es el primer y más amplio objetivo de la Congregación; 2) suscitar en ellos y animar el esfuerzo; 3) y avivar y mantener ese espíritu de unión y de buen entendimiento que debe conducir todas las fuerzas unidas hacia un solo fin.

No deben en modo alguno concentrarse, como lo hacen los Introdutores, en uno o dos individuos que reclamen una ayuda más especial, porque, para alcanzar el fin de la Congregación, no sería suficiente que los jefes se dedicaran a salvar a algunas [personas, sino] que, para cumplir con sus deberes [globales], es necesario que vivifiquen y alimenten una columna entera, que le den alma y la lleven [entera] al fin que debe conseguir. Hay que tener en cuenta tres aspectos.

Los alimentos que «debe asegurar o extender el jefe de división» son la lectura de las Sagradas Escrituras, «el alimento de los fuertes», la lectura de libros de piedad, «preparación particular del pan común para todos, pero que algunos sujetos no soportarían o no digerirían», las instrucciones que

tienen de particular y ventajoso que, acompañadas de la entonación, de la expresión del rostro y de los gestos, parecen entrar por todos los sentidos y, si así puede decirse, golpear a nuestra alma por todas partes a la vez.

Y también la frecuencia de los sacramentos, los ejercicios de piedad y las obras de caridad cristiana.

Para suscitar y reanimar el valor, los jefes de división inculcarán la confianza en Dios y el sentimiento de la nada del hombre.

El sentimiento de nuestra nada es nuestra defensa contra el mundo; nuestra confianza en Dios es nuestra fuerza.

En fin, de la debilidad del individuo concluirán la necesidad del espíritu de unión. En esto, la instrucción se desarrolla y se hace más insistente que nunca. Se ve que se trata del principio fundamental de las congregaciones:

En todas las grandes empresas es necesario el espíritu de unión y concordia y debe serlo también en la de la salvación de unos hombres unidos con vistas a la religión. Cuando se dice que el hombre en sí mismo no es más que fragilidad y nada, no hay en ello metáfora ni exageración, tan pequeña es realmente la fuerza de un ser humano aislado, tanto en su aspecto físico como en el moral. Quien pretenda permanecer en la sociedad aislado de todo, como en la naturaleza, pronto perecerá. Es arriesgado querer dividir en dos una unión ya formada, según la máxima de que toda casa dividida perecerá.

¿No ha pretendido Jesucristo hacernos conocer la necesidad absoluta de la unión y la concordia de nuestras fuerzas para la obra de la salvación, al establecer la comunión de los seres humanos y los santos, y constituirse como su centro?

¿No es con esta misma intención con la que nuestra Iglesia santa nos hace participar cada día de los tesoros de méritos que guarda en reserva y distribuye en el tiempo oportuno a todos los que admite en su comunión?

Con este mismo espíritu se fundaron desde los primeros días de la Iglesia las más santas Congregaciones. Parece que fue Nuestro Señor Jesucristo en persona quien les dio origen con estas palabras memorables: *Donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos* (Mt 18,20).

Con vistas a la salvación no es, pues, arbitrario ni banal formar un grupo y reunirse en Congregación. Todas las agrupaciones de este tipo en nuestra santa religión se instituyen sin duda alguna en el espíritu de Jesucristo. Cada una tiene su vocación particular, que hay que saber respetar. Pero hay que tener mucho cuidado con una cosa: escoger una de las que están a nuestro alcance y no permanecer entre dos o más sin estar íntimamente unido a una de ellas.

Que los jefes de división le insistan a menudo a los jóvenes con estas máximas: que es en Congregación como se trabaja por la salvación y que no se está en Congregación solamente por hacerse inscribir en dos o más, sino cuando uno se incorpora a una sola y se hace parte inseparable de ella.

Los jefes de división no se contentarán con explicar los principios de la Congregación, la necesidad general de sostenerse los unos a los otros, de donde puede emanar el principio de la unión, sino que darán explicaciones detalladas en las que habrán meditado también seriamente ellos mismos...

Hay que unirse para escapar a las trampas del demonio;... Mientras que no exista un grupo en el que se profese la misma religión, la misma virtud, las mismas costumbres, unos cuantos hombres religiosos e incluso probos pero dispersos y aislados serán un ejemplo bien débil para las necesidades de la juventud,... Agrupaciones, paseos, fiestas públicas, etc., todo está dispuesto para engañar la inocencia sencilla y despertar en nosotros pasiones peligrosas. Desde nuestra primera aparición en el mundo, somos arrojados de escollo en escollo sin saberlo, sin sospecharlo. ¡Y qué dichosos somos cuando un grupo con principios sólidos e invariables nos atrae a él y nos da seguridad, por así decirlo, al darnos el ejemplo, el consejo, la fuerza del bien, todo lo que no nos podrían dar en absoluto personas aisladas! El que ha sido guiado a tales grupos y luego los deja, enseguida perece, porque él mismo se lo ha buscado sin excusa.

También hay que unirse «para dar a la edificación un desarrollo que imponga».

Por mucho que brille el hombre virtuoso, de ordinario se dice que no es imitable. Se supone que tiene otro corazón, otros órganos, otro temperamento distinto al nuestro... Solo una agrupación de hombres virtuosos puede aminorar o destruir este funesto prejuicio... Que los cristianos se reúnan en congregación, y de su seno resplandecerá una especie de luz que los hará objeto de la atención general. Incluso si el individuo no fuera nada en esas santas reuniones, son los grupos mismos los que suscitan la admiración. Así pues, que los que no quieren más que su gloria personal pregunten para qué valen estas reuniones y este espíritu que nos une a un centro y nos lleva hacia un objetivo. Pero los que aman la religión en sí misma y desean la gloria de Dios, la harán resplandecer en las asambleas en que harán grupo y aumentarán su brillo, y el de sus promesas, y de sus oraciones, y de su sola presencia, aunque estén perdidos en la masa.

Verdad de sentido común demasiado desconocida por desgracia, y no solo tras la Revolución. ¡Quién podrá decir los daños del individualismo en religión!

Por último, hay que unirse

para dar a los que la gracia llama al seno de la religión un apoyo más claro, un retiro más amplio. Si la asamblea es amplia, si es numerosa, atraerá más las miradas, abrirá más puertas a los que preguntan qué es la religión. El hombre golpeado por el temporal tendrá menos dificultades para encontrarla, más confianza para entregarse a ella...

La conclusión es indiscutible:

Para abandonar el deseo de extender una congregación, hay que desear menos recursos y menos seguridad para sí mismo, menos gloria para Dios y la religión, menos gracias y ayudas para el prójimo: en una palabra, hay que ser irreligioso.

Los cristianos preocupados por su interés y el interés de la religión se unirán entre sí y trabajarán para fortalecer, para desarrollar el espíritu de unidad por su capacidad de asociación, por su docilidad hacia sus jefes, su confianza en la congregación, la estima y el respeto de que la rodearán.

Nuestro celo y nuestro acuerdo no serían nada sin el favor de Dios, pero lucharíamos contra este favor si descuidásemos cualquier cosa que pueda realizarse por nuestros cuidados y por nuestra palabra.

En esta abundancia verbal que llena una veintena de páginas, hay prolijidad y metáforas arriesgadas. También hay comparaciones sabrosas, propias de un buen discípulo de san Francisco de Sales. En relación a la Sagrada Escritura, los libros de piedad son como «una preparación particular del pan común a todos». Sobre esto hay que subrayar que tal preparación, aunque apropiada a ciertos espíritus, no deja de convenir casi a todos los demás, como la mayoría de los extractos o conservas con que todo el mundo se apaña cuando lo necesita, aunque el empleo sea más frecuente para los estómagos debilitados o viciados.

Se saca más provecho de las instrucciones que de las lecturas, porque el espíritu las escucha y entiende mejor, mientras que al contrario lo que se lee en privado pasa por nuestra cabeza como una corriente de aire de la que no tomamos más que una pequeña porción y que se aleja sin que la recordemos nunca más.

Es deliciosa esta simplicidad. Si solo consideramos las ideas, se desprende del conjunto una gran discreción. Piensa uno aquí también en el obispo de Ginebra. ¿Se trata de las Sagradas Escrituras? Su lectura es de consejo, no de precepto:

Así pues... hay que proponer solo ensayos, y emplearlos según la duración y el número con circunspección, hasta que se desarrolle el gusto.

¿Se trata de determinar la cantidad de alimento espiritual?

O no se toma bastante o se toma demasiado. Entre ambos excesos quizá fuera preferible que se tomara un poco menos de lo necesario. El alimento, aunque restringido, hace su efecto y además no quita nada del efectivo de las fuerzas. Son dos ventajas que se pierden con la saciedad.

El jefe de división exhortará a la frecuentación de los sacramentos,

pero solo actuando poco a poco, pasando de una explicación a otra debe insinuarse, extender la luz, comunicar el calor hasta el corazón de cada uno de los miembros que le han sido confiados.

No hay religión sin prácticas exteriores:

Hay que colmarlas todas con la expresión del corazón. No conviene emprender sin grandes motivaciones cosas extraordinarias, sobre todo cuando nos singularizan.

El jefe de división dejará dentro de cada uno una libertad indefinida, incluso indiscreta, si es posible, de que le guste cualquier ejercicio religioso. Llevará a cada uno a poner su alma en la demostración de actos prescritos o en uso. Moderará lo que sobresalga demasiado y lo que consuma el tiempo de otros deberes por un celo mal entendido.

El P. Chaminade aparece como un hombre mesurado y prudente hasta en los menores detalles. El estudio de los oficios de los introductores nos dará otra prueba.

En circunstancias en que la cuestión del reclutamiento se planteaba de forma aguda, las clases de probandos tenían una importancia capital. En 1803 –lo recordamos– la institución de los aspirantes se había encontrado con ciertas oposiciones. Si leemos el directorio del introductor, las dificultades parecen haber desaparecido ahora. No queda nada de esa encuesta minuciosa que debía preceder a toda inscripción en la lista de aspirantes. Todo congregante puede, aparentemente, presentar nuevos reclutas. Se nota solo que el prefecto no proclamará sus nombres en sesión de congregación sino cuando estén presentes. Tras la proclamación el candidato toma contacto, si no lo ha hecho ya, con el introductor general y con un congregante antiguo encargado de su iniciación con el título de introductor particular.

Estos aspirantes están lejos de ser perfectos. Por lo menos se les supone lejos del ideal congregante. Admirarse de esto sería olvidar que, si la congregación da gran importancia a mantener a sus miembros en el fervor, en sus «progresos en la piedad y la frecuencia de los sacramentos», se preocupó lo mismo

de retirar del mundo, por instrucciones, ejemplos y prudentes insinuaciones, a los que tienen la desgracia de estar comprometidos en él, y que la gracia llama a la virtud y a la religión.

A falta de cristianos formados tal como los concibe, los forma. Por eso es una «misión permanente». Por medio de este método pretende recristianizar la sociedad.

En esta perspectiva, la congregación da un mandato oficial al introductor de aspirantes para que cultive en los jóvenes la primera atracción que los oriente hacia ella.

Todo lo que la religión tiene de atractivo, todo lo que la virtud tiene de razones más amables, debiera prodigarse a estos neófitos, como la leche a los niños de pecho. Esta

fue la primera preocupación de todas las Iglesias; este es el objetivo de la parábola de la oveja perdida.

Pero no es suficiente el espíritu de religión y de amor a la virtud para acertar en la formación de los aspirantes; también se necesita una actitud suave, amena, previsor y una caridad inasequible al desánimo.

El P. Chaminade cree tanto como cualquiera en la eficacia de la gracia, pero es demasiado realista y demasiado psicólogo para subestimar los factores humanos que intervienen en la evolución de un alma. Analiza, ¡y con qué finura! el estado del aspirante.

Este debe ser considerado como retenido aún en el mundo por más de un lazo, llamado secretamente, y a veces de palabra, a sus falsos placeres. Se trata de mantener sus fuerzas, de ayudarlo y no de molestarle, ni provocarle rechazo. Hay que frecuentarlo asiduamente, entregarle a propósito a sus reflexiones, importunarle a sabiendas y, por así decirlo, arrancarlo a las ocasiones peligrosas. Hay que vigilarlo como a un pajarillo querido. Quiere uno dejarlo libre, pero temiendo siempre que vuele para no volver. Es libre y no lo es. Es libre en tanto que no se le reprime en nada. No lo es en cuanto que se le rodea de cuidados, de bondad y se le alimenta.

Se dirá que el papel del introductor es muy difícil.

No es difícil, es grande. La caridad hace todo fácil. Incluso es necesario que la piedad del introductor no se deje descubrir del todo, porque hay que cuidar los ojos que temen la luz, y ciertamente lo más difícil para el hombre religioso es vivir con aquellos que aún no lo son del todo y taparse ante ellos para no ofenderlos. ¡El único medio para realizar este último esfuerzo es una profunda humildad!

Además,

se dirigirá a Dios para cada aspirante por intercesión de María. En la oración y la meditación es donde sacará las fuerzas, los medios, las luces que para su oficio son una necesidad. Que no presuma nada de sí mismo, sino que se ofrezca a Dios y que siga la inspiración recibida como un órgano fiel y obediente. Debe él mismo ser de una conducta regular y edificante, sin renunciar a las distracciones de la juventud, pero sin emplearlas más que según los planes de Dios.

¿Y qué hará este valiosísimo hombre? Formará a los candidatos en el cumplimiento de los deberes del congregante. Los

atraerá a los ejercicios de la congregación y les insinuará el deseo de asistir un día tanto a los ejercicios privados como a los públicos, igual que a los actos comunes de la congregación.

Los orientará hacia la comunión. Que se conduzca en todo con celo, y sobre todo con prudencia.

No comunicará el reglamento, ni la parte correspondiente a los deberes de los aspirantes, sino que los instruirá por conversaciones, o en forma de catecismo, en tantas lecciones como sea conveniente para que aprendan.

Aunque instruido en los principios y finalidad de la congregación, no está encargado de instruir en ellos al aspirante. Debe contentarse con explicarle las obligaciones y deberes de los aspirantes y hablarle por otra parte como una persona penetrada del espíritu del Instituto, que actúa en consecuencia, pero que no lo expone ni lo explica.

Las funciones del introductor de probandos son menos delicadas.

Aunque sea necesario en todas las clases de la congregación que los oficiales se conduzcan con todos los individuos con espíritu de discreción, sin embargo la discreción es menos urgente y menos extensa según el grado de instrucción y progreso al que cada sujeto ha llegado. Si el introductor de aspirantes tenía que conducir (a cada individuo) como a un niño de pecho, el introductor de un sujeto llegado a la clase de probandos ya no debe conducir más que a un niño que ya usa su razón, que ofende menos, que sabe ver mejor, que no recula ante todas las dificultades, que quiere probar sus fuerzas.

Cuestión de tacto y de adaptación:

El introductor de los probandos, con la misma suavidad, la misma condescendencia que el introductor de aspirantes, debe manifestar, si es posible, menos autoridad, tratar de igual a igual con el probando, consintiendo, por así decirlo, en dejarse instruir por él, no proponerle alguna rectificación sino como dudas y ponerle en mano las fuentes de la buena doctrina en vez que querérsela explicar.

El trabajo no falta. Se trata de mantener los conocimientos y los buenos sentimientos ya adquiridos hasta entonces, y luego de desarrollarlos. Hay que instruir progresivamente sobre le fin y los principios de la congregación, «sin dar nada por escrito». Hace que el candidato se preocupe de los deberes y obligaciones que va a contraer, atraerle a los ejercicios de la congregación, unirlo a los mejores congregantes, prepararle para su recepción y su consagración mariana. Todo ello en constante unión con el director.

El introductor de probandos puede igual que el de aspirantes pedir dos adjuntos, uno de cada división.

Estos adjuntos le ayudarán en sus funciones, pero no le descargarán de su responsabilidad ante la congregación. Tendrá cada semana alguna relación, directa o indirecta, con todos los probandos. No pasará más de quince días sin procurarles alguna instrucción o exhortación. Los reunirá a todos o por grupos, según la edad y el carácter de los jóvenes. Para estas pequeñas reuniones se entiende con el director, para darle la ocasión de ver a los probandos y de hablarles. El señor prefecto en ejercicio así como el decano de los antiguos prefectos pueden estar presentes en sus reuniones.

En el examen de la conducta de los candidatos,

tomará como regla: a) su asiduidad en frecuentar los ejercicios de la congregación y las reuniones de probandos; b) el interés por los deberes de los congregantes; c) su fidelidad en acercarse a los sacramentos en las comuniones generales que se realicen durante el tiempo de su prueba.

Para darse mejor cuenta él mismo y para iluminar lo bastante al consejo, el introductor llevará una lista sobre su constancia.

En lo referente a la recepción, el introductor se empeñará sobre todo en explicar bien a los probandos el cuadro de indulgencias y les informará sobre la aplicación que de ellas debe hacerles el señor director.

La víspera o antevíspera de la recepción de congregantes, les procurará a los probandos que van a ser recibidos una exhortación un poco viva, hecha en cuanto sea posible por el señor director; si no es posible, por el señor prefecto en ejercicio o por algún antiguo prefecto. El tema de la exhortación puede ser sobre la importancia del acto de consagración.

Cuando se admite a un probando al grado de congregante, el introductor de probandos, como lo había hecho en su momento el introductor de aspirantes, redactará una

pequeña nota sobre el carácter y las disposiciones del candidato, así como sobre cualquier otra particularidad más notable, si la hubiera. La nota llevará apellidos, nombre, edad, estado, confesor, dirección del joven. Mencionará el celo y el interés que el introductor particular hubiera puesto en cumplir sus funciones. Pero no dará esta nota al prefecto en ejercicio hasta después de la ceremonia de recepción del joven. Dará una duplicado de la misma al secretario del señor director.

Y para no olvidar nada, ni siquiera el miserable dinero que nunca pierde sus derechos,

el día de la recepción, dará también al tesorero una nota en que se fijará la contribución de los nuevos admitidos.

La historia de las congregaciones marianas nos enseña la importancia concedida en todo tiempo a la entrada en estas asociaciones. Con frecuencia se prepara uno con un retiro; y se dispone con una confesión general. Es un cambio de orientación en la vida, un acontecimiento que debe marcar en la existencia. Sobre este punto el P. Chaminade no innova nada.

Sin embargo, entre su congregación y las de los tiempos anteriores existe una diferencia que parece esencial. Entrar en la congregación en los siglos XVI, XVII y XVIII era signo de que uno pasaba, o al menos deseaba pasar, de la piedad al fervor, de una vida cristiana honrada a una vida cristiana devota. Era una actuación que los autores espirituales aconsejaban a lectores muy familiarizados con los ejercicios religiosos.

Es muy diferente con el P. Chaminade. Para él, un aspirante es sin duda un cristiano, pero uno de esos cristianos que lo son únicamente por su inscripción en el registro de bautismo. Es también un cristiano como, por desgracia, lo son casi todos los jóvenes del recién iniciado siglo XIX. La entrada en la congregación marcará como una auténtica conversión en su vida, como el paso de la indiferencia a la religión. La preparación impuesta a los candidatos por las antiguas congregaciones evoca la idea de un noviciado; las clases de aspirantes y probandos hacen pensar en el catecumenado antiguo. En los primeros se trataba de comprometerse en la perfección del laicado; en estos se trata sencillamente de comprometerse en el cristianismo vivido. En aquél se trataba de una tercera orden, aunque sin el nombre; en este, se encuentra uno ante una comunidad cristiana.

De ahí vienen las minuciosas precauciones recomendadas a los introductores y de las que no se entiende nada cuando no se ven en la perspectiva del director. De ahí las dos clases preparatorias; también de ahí ese período de preparación del probando, cuyos tres meses no pueden reducirse a dos sin deliberación expresa del Consejo de la congregación y del Colegio de antiguos prefectos. De ahí incluso la importancia dada a la instrucción de los candidatos y a la comunión de los aspirantes. Después de haber indicado que el introductor toma como regla general de conducta de los aspirantes los deberes de los congregantes, el directorio prosigue:

Cuando se dé cuenta de que están en disposición de observarlos (hay que pesar los términos), y que comenzarán (¡otra palabra reveladora!) a acercarse a la santa mesa, los presentará para que sean recibidos como probandos.

Y aquí viene la contraprueba. Si el candidato es un postulante llegado a los dieciséis años, no queda ignorado: las directrices dadas a los introductores resultan entonces caducas.

El tiempo de pruebas no es fijo para el postulante convertido en probando. Es un privilegio unido a la clase de los postulantes. Si además es bueno, si ha edificado entre los postulantes, si frecuenta los sacramentos, el introductor lo instruirá más rápidamente sobre lo que tendrá que hacer como congregante, hará fijar su contribución y lo presentará al consejo para su admisión.

Estos textos son sugerentes. No parece que los diferentes biógrafos del P. Chaminade les hayan dado todo su valor.

Debido también, en parte al menos, a que la congregación busca socios en un medio indiferente, por lo que los oficiales de orden y los oficiales de honor tienen un lugar importante en la vida de la congregación. Son numerosísimos. En cada división, un subjefe de orden y un subjefe de honor, ambos con varios ayudantes; por encima, un oficial de orden en jefe y un oficial de honor en jefe; más arriba aún, un antiguo prefecto para dirigir el oficio de honor y un prefecto honorario para presidir el oficio de orden.

¿Para qué tanto personal? Imaginemos la Magdalena un domingo por la tarde, unos minutos antes de la sesión pública. Todos están en sus puestos. Ahí están los oficiales de orden. Este dispone mesas, sillas y sillones en el presbiterio; aquel coloca los quinqués, enciende los candelabros; otro, con unas despabiladeras arregla los pabilos. Muy cerca de la entrada, al fondo de la iglesia, dos de ellos abren las sillas y preparan los asientos para los visitantes. Este joven que va de un lado a otro y que parece atento a todos los detalles de la organización material, es el oficial de orden en jefe. Acaba de consultar al prefecto honorario. En seguida, cuando empieza la sesión, se dará una vuelta para darse cuenta de que nadie se ha retrasado en las sacristías ni en las salas de las divisiones, ni en la tribuna donde, cuando se precisa, tienen juntas sus reuniones privadas las dos divisiones. Se asegurará también de que ninguna mujer o chica se haya quedado dentro. Al final de la asamblea cuidará de que cada objeto vuelva a su sitio. En su directorio ha leído:

El orden de las cosas es la preparación necesaria para el orden de las personas. Todo el interés que pueden inspirar los ejercicios y las sesiones de la congregación recae sobre el oficio de orden como sobre su fundamento.

E incluso esto, que es el secreto de su atractivo orgullo, de su celo sonriente:

Los oficiales de orden trabajan tan directa y esencialmente por la gloria de Dios y de María como los que dirigen las divisiones. La pureza de intención y la nobleza de los motivos realzan todas las acciones.

Los oficiales de honor no son menos activos. Distinguidos, acogedores, se muestran solícitos con los que van llegando. Afables con todos, afectuosos para con los postulantes, atentos con los aspirantes y probandos, sencillos con los congregantes, deferentes para con los padres de familia, colocan a cada uno según su rango. Con el hábito, cruzado el pecho por una ancha faja blanca con borlas de plata, con guantes blancos, el jefe circula discretamente, saluda a uno, intercambia una palabra amistosa con otro, y sobre todo pone su atención en los forasteros que vienen por primera vez a la asamblea. Son posibles reclutables: es importante que experimenten una impresión muy favorable. Acaba de ver a uno a la entrada de la iglesia. Va en seguida a su encuentro, le saluda con amabilidad y entabla conversación con él. Mientras charlan, le va haciendo avanzar, y luego, excusándose de no poder seguir con él por sus funciones, le presenta a dos congregantes y le invita a sentarse junto a ellos. No ha actuado por casualidad; sabe que esos congregantes ejercerán una buena influencia. El directorio dice:

¡Qué estima tomará el forastero a la congregación, si, durante la sesión, se encuentra sentado junto a esos jóvenes que no ceden a sus oficiales en modestia ni en honradez!

¡No perderá de vista en ninguna circunstancia «que está cumpliendo un oficio de celo y de caridad»! Ni él ni el oficial de orden limitan su actividad a las sesiones públicas. Están encargados de asegurar la organización y el correcto desarrollo de todas las reuniones, tanto

generales como parciales; pero se les recomienda de manera muy particular la asamblea pública: se cuenta con su celo para que suponga a la congregación muchas nuevas adhesiones.



Con sus numerosos oficiales que tienen minuciosamente determinadas sus funciones, la congregación presenta el aspecto de un cuerpo armonioso. Y este cuerpo tiene un alma: el director.

El P. Chaminade se explicó un día:

El director, dirigiendo el conjunto, hace en realidad todo. Al comienzo hice comprender a los congregantes que formaban un cuerpo, pero un cuerpo que debía estar animado; desde entonces no hay nadie en la congregación que no vea al director como el alma en el cuerpo para las funciones que tiene que cumplir; pero todos lo ven también como un padre cariñoso en medio de su numerosa familia.

A juzgar por algunas notas anónimas que nos transmiten el eco de las discusiones provocadas por la redacción de las reglas generales de la congregación, se habrían sopesado en primer lugar los términos para salvaguardar a la vez la primacía de lo espiritual y la independencia de lo temporal. Parece ser que el director había sometido una primera redacción a los antiguos prefectos, quienes le propusieron modificaciones. Algunos sacerdotes, sin duda los de la congregación, había sido consultados sobre la oportunidad de los cambios pedidos. Se puede adivinar la abundancia y a veces la sutilidad de las observaciones. Un ejemplo: el P. Chaminade había formulado el primer principio del Instituto en estos términos:

La enseñanza y la dirección de almas en las orientaciones de la religión no pueden venir más que de la Iglesia.

Y sacaba de ello esta *consecuencia*:

Así pues, solo al jefe canónicamente instituido corresponde enseñar o dirigir.

Los laicos propusieron el texto siguiente:

La enseñanza y la dirección de las almas en las orientaciones de la religión deben ser conformes a la Iglesia. Por ello, es al jefe canónicamente instituido al que corresponde dirigir y supervisar la enseñanza.

¿Cuál era su intención? Según todas las apariencias, pensaban que su redacción correspondía mejor a la práctica. ¿No correspondían a la juventud los discursos, lecturas, diálogos, todo, en las asambleas públicas? ¿Hacía el director algo distinto que dirigir y vigilar?

Se trataba de un principio. Los eclesiásticos tomaron el asunto en serio:

Querer entregar la enseñanza y la dirección a los seculares (entiéndase: a los laicos) en lo referente a los puntos de vista de la religión, es una desviación juzgada ya varias veces y eso es lo que se expresa con las palabras «disputar la capa al obispo»... Si la enseñanza no está de acuerdo con el jefe, ¿en qué se convierte la facultad de dirigir y vigilar...?

Es quitarle el cayado al pastor... En esta discusión está ya lo que Bossuet llamaba, según la Escritura, el vapor salido del seno del abismo. La fe exige entrar de inmediato en la sumisión; ahondar más sería perderse en el vapor.

Sin embargo, nuestro defensor del poder espiritual no pretende absorber lo temporal. El tercer principio estaba concebido así:

Siendo los objetivos principales de la congregación del orden de la religión, es conveniente que los medios temporales que puedan servirle y todos los puntos de vista accesorios en ellos estén subordinados a la autoridad espiritual y a la dirección dada por ella.

Los jóvenes no habían encontrado nada que responder. ¡Qué ciegos!

Esta última máxima es contraria a los principios; combate las libertades de la Iglesia galicana y las reglas más ciertas de los gobiernos modernos. La autoridad temporal y la autoridad espiritual son dos ramas salidas de la misma raíz, pero que no derivan la una de la otra. Gobiernan alternativamente, pero cada una en el orden de su dirección. Gobiernan a personas y no deben dominarse la una a la otra... ¡Quien dijera públicamente o basara una corporación en el principio falso de que la autoridad temporal en su nivel debe subordinarse a la autoridad espiritual sería criminal de Estado y, si no fuera excusado por ignorancia, debería ser castigado!

Otro clérigo desmenuzaba todos los artículos y subrayaba como jurista todas las expresiones que hubieran podido dejar entender que la autoridad de las mesas directivas se extendía también sobre el director. La discusión hubiera podido continuar mucho tiempo. Pero tenían algo mejor que hacer que discutir sobre los términos, ya que estaban de acuerdo en la práctica. El P. Chaminade lo comprendió. Sin buscar realizar un monumento jurídico que desafiara todas las objeciones, precisó su papel en la recepción canónica, afirmó su autoridad en lo espiritual, mencionó su deber de vigilancia en todas las cuestiones mixtas y dejó a la caridad, al tacto, el cuidado de dirimir los conflictos teóricos. Escribió:

Tiene que haber una relación constante entre los oficiales, consejos y otras representaciones de la congregación, y su director. Estas relaciones no deben ser las de una autoridad temporal, sino las de la caridad recíproca, y regularse por los principios y consejos evangélicos. La oposición o el conflicto entre la autoridad de las mesas directivas o del consejo y los puntos de vista del director deben considerarse como cosas imposibles, porque en tal caso no habría ni corporación, ni comunión, ni enseñanza dirigida, ya que el jefe institucional estaría dividido de los miembros.

El director nombra personalmente a todas las oficiales de las jóvenes y de las Damas del retiro, cada año a estas y cada semestre a las primeras. Se limita a consultar a las oficiales salientes. De hecho los cambios son raros: la Señorita de Lamourous continuará siendo «Madre» nueve años seguidos. Los padres de familia eligen cada año a su jefe. Esta operación se asemejaba mucho sin duda a la designación de nuestros presidentes de obras parroquiales. Las renovaciones de mandato no son raras y se entiende mal que el elegido no haya sido el candidato del director.

Entre los jóvenes, cada seis meses, en enero y julio, después de haberlo acordado con el director, el Consejo saliente presenta un nombre para el cargo de prefecto y dos para los de jefes de división. El primero es sometido a la aprobación de todos los congregantes y los otros dos a la de cada división interesada. El nuevo Consejo así formado se completa él mismo nombrando a los otros oficiales. Aquí también, bajo apariencias liberales que halagan a la juventud, el director lo dirige todo. Ningún consejo, ninguna reunión puede tenerse sin su asentimiento. Ninguna decisión es válida sin su aprobación. Él preside el consejo de las jóvenes el primer lunes de cada mes. Asiste todos los lunes al de los antiguos prefectos y todos los martes al de la congregación de los jóvenes. Está en todas las reuniones de los Padres de familia, en todas las de las Damas del retiro, en todas las asambleas generales o públicas de los

jóvenes o de las chicas. Se halla con frecuencia en las reuniones parciales o particulares de una clase y hace que le den cuenta de las que se tienen sin su presencia. Sigue de cerca tanto la marcha del conjunto como la evolución de cada subdivisión. El *Directorio* de su secretario (hay un *Directorio* del secretario del director igual que lo hay del secretario de la congregación) es revelador al respecto. En él se lee:

Tendrá mucho cuidado de que estén siempre al día todas las listas del señor director. Cuidará para ello de que todos los oficiales de los y las jóvenes le remitan sus notas. Si no se las enviaran, se las pediría. Todos los martes por la mañana temprano presentará estas listas al señor director. Se enterará de todos los *directorios* de los y las oficiales y mirará, como si nada, si todo se realiza puntualmente. Procurará al señor director notas muy cortas sobre las observaciones que haya hecho, el martes por la mañana al presentarle sus listas.

Imposible llevar más lejos la preocupación por el orden y la información exacta. Sin embargo, cuando se trata del P. Chaminade, es en otro sitio donde ha de buscarse el secreto de su método, la fuente de su influencia. Más que por el ejercicio de su autoridad, más que por su exactitud llevada hasta lo minucioso, se impone y dirige por el espíritu que difunde, por la formación que imparte, por la mentalidad que crea.

La frecuencia de las reuniones le permite distribuir una enseñanza seguida, sólido fundamento para el pensamiento y principio de unidad. En sus incesantes relaciones con los y las dirigentes, explica, sugiere, aconseja, repite si es preciso, previene las falsas interpretaciones o las desviaciones. En las entrevistas personales gana la confianza y se asegura la entrega. Por ello, ¡cómo se aplica a multiplicar las ocasiones de contactos! No hay ningún oficial, ninguna oficial, que no desee ver a menudo al director, consultarle, someterle las dificultades, orientar a él los congregantes. Recibe a cada aspirante, a cada probando, a cada postulante chico o chica, a cada congregante y a cada Dama del retiro antes de su admisión oficial. Todo asociado que se ausenta por algún tiempo debe hacerle una visita antes de su partida y otra a su vuelta. Además muchos miembros se dirigen a él para la confesión y la dirección. ¿Puede hacerse más para asegurar la unidad de puntos de vista?

Le gustaba este ministerio y le consagraba todo su tiempo. Un día hablará de la sujeción que crea la dirección de una congregación. Absorbe

todos los momentos y todas las facultades de un hombre: confesiones, instrucciones, sesiones públicas, direcciones espirituales, relaciones con los oficiales, dirección particular, vigilancia, correspondencia...

Hay que estar siempre en casa, con la puerta abierta a todo el que venga, dándose del todo a cada uno como si no se tuviera otra cosa que hacer... Si [un sacerdote] no se da con esta plenitud y este abandono, me atrevo a asegurar que jamás tendrá éxito y que su congregación no se mantendrá o no hará más que languidecer.

Toda su vida de director se resume en estas líneas. Este programa ideal, al día siguiente del traslado de su obra a la Magdalena, lo realiza a la letra. Ahí está el origen y la explicación de sus éxitos. Su exactitud en estar a la disposición de todos es tan conocida, nos dicen, que tiene fama de no salir jamás de su casa, donde su acogida fascina a todos los que se le acercan.

Su fuerte personalidad no ahoga las iniciativas. Acaso haya que decir que suscita las que desea, lo que para un jefe es el mejor medio de evitar la separación de sus subordinados y sus ayudantes. Cuanto más cuidado pone en inculcar un espíritu común y en precisar el objetivo ambicionado, tanta mayor confianza puede dar a los diversos oficiales. Recomendó al prefecto honorario que cuidara de no privar por exceso de celo a los oficiales de orden del mérito que pueden adquirir en sus empleos. Se atiene a este principio en el ejercicio de sus funciones. Aun advirtiéndolo, los jefes de división, los introductores, los oficiales de instrucción

organizan sus reuniones. Acondicionamiento de los locales, iluminación de las salas, adornos, preparación del altar, formación y vigilancia de monaguillos, ejecución de los cantos, organización de juegos y paseos, control de la presencia, colecta de las suscripciones, contabilidad, llevar los diversos registros, confección de las listas de vela con los enfermos, funcionamiento del oficio de colocación, detalles de las visitas a las prisiones o a los hospitales, todo es confiado al celo y al buen hacer de los congregantes. Les deja presidir las asambleas y los consejos, como lo hacen hoy los sacerdotes en los grupos de Acción católica. Si él «hace realmente todo», si «él es responsable de la enseñanza en la Iglesia, de la que es enviado y ministro», actúa menos por autoridad que por sugerencia. Fijado el fin, provoca para alcanzarlo, en cuanto la prudencia lo permite, el concurso activo de todos los congregantes.



Da toda su medida en la utilización de los laicos para la difusión del cristianismo. Vale la pena examinar de cerca la cuestión.

Si leemos ciertas biografías del P. Chaminade, fácilmente sacaremos una idea inexacta de sus objetivos y de su congregación... Como si hubiera llamado a reunir un grupo cristiano selecto para suplir la escasez de sacerdotes. Como si hubiera formado su obra al grito de «¡Aquí las almas apostólicas, conducidas por María, jefe de los apóstoles, para secundarla con todas nuestras fuerzas!». Nos dicen que la congregación

no quería crecer con unidades que fueran a ella únicamente para buscar su provecho, incluso espiritual; debía seguir siendo una selección militante y conquistadora; las almas que no tenían la llama del proselitismo no estaban hechas para ella.

Hemos conocido y conocemos aún asociaciones fundadas sobre esos principios. La Constitución apostólica *Bis saeculari* hace incluso de ellos una de las características tradicionales de las congregaciones marianas dirigidas por la Compañía de Jesús. El proceder del P. Chaminade revela un pensamiento más complejo, un plan de apostolado más moderno.

Es misionero apostólico «enviado por la Congregación de la Propaganda». Y no creyó «poder ejercer mejor las funciones [de su cargo] que estableciendo» la congregación que constituyó.

«La congregación es una misión permanente». ¿Quiere esto decir que todos los congregantes son aptos para la propaganda directa? ¿Que han sido llevados a la asociación por el deseo de apostolado? ¿Que los ejercicios de la congregación tienden a darles una formación especializada y, por así decirlo, técnica, con vistas a la propaganda cristiana? ¿Que la congregación vela para no alterarse por la admisión de miembros en los que no encuentra la llama apostólica? ¿Que la consigna que da a todos es «difusión de la verdad cristiana»? ¿Que, en una palabra, es exclusivamente una agrupación, o al menos una escuela de jefes, de militantes laicos? No.

Nació de una idea clara de las ventajas, naturales y sobrenaturales, de la congregación. Se propone emplear esas ventajas para poner la vida cristiana, sin alterarla, al alcance de todas las buenas voluntades. Quiere asegurar «la perseverancia del justo, el robustecimiento del débil, la conversión del pecador». Acoge, busca a unos y a otros. Para recristianizar la sociedad cuenta menos con el apostolado individual de sus miembros que con el valor apologético de su existencia. Ofreciendo el espectáculo de una masa cristiana de hecho, presenta el cristianismo a la atención, muestra que es practicable en el siglo XIX igual que en los orígenes de la Iglesia, rompe el respeto humano. Abriéndose a todas las personas sinceras, multiplica los cristianos de hecho y quita a los débiles la excusa de un ideal que supera sus fuerzas. Al atraer a los indiferentes, al incorporarlos para cristianizarlos por «contagio» de las virtudes cristianas —la expresión es del director— se anticipa a la JOC y se presenta como un «movimiento» para servir al catolicismo, diferente de una agrupación restringida compuesta por especialistas de «la

enseñanza» de la verdad. Estas ideas se nos hacen cada día más familiares, pero son las que inspiraron el apostolado congregante del P. Chaminade.

En cada rama de la congregación se hallaría con facilidad el equivalente de los simpatizantes y de los militantes de nuestros movimientos especializados. ¡Y qué diversidad existe, ayer igual que hoy, entre unos y otros! Están el joven y la joven salidos de familias en que la vida cristiana se ha mantenido en los peores días; están los jóvenes y las jóvenes que han crecido en un ambiente de indiferencia o de irreligión, hasta el día en que la congregación los alcanzó: ahí están las almas fervorosas, generosas, que proporcionan los jefes; ahí las almas débiles, que dudan, a las que hay que seguir, animar, guiar sin cesar. Junto a los congregantes antiguos, enamorados de su ideal, se encuentra en las clases de probandos a candidatos y candidatas, que a sus 18, a sus 20 años, no han hecho su primera comunión y la están preparando.

Los Padres de familia ofrecen el espectáculo de unos hombres cuya vida ha sido siempre ejemplar, su fe segura, unidos a otros que han vivido mucho tiempo al margen de la religión. Además a las asambleas del domingo por la tarde, a los paseos, a los retiros, se admite, se atrae a curiosos, a menudo extraños a toda idea religiosa. ¡Cuántas personas no se encontrarían en la asociación, si esta fuera una selección de almas apostólicas! Unos se habrían mantenido alejados; a otros se les habría apartado. No hubiera quedado más que un pequeño número.

El P. Chaminade quiere masas. Pone el principio de que

las instrucciones puramente morales, los ejercicios en las artes y los temas de distracción, en todo lo que es honesto, pueden entrar en los trabajos y conversaciones de las reuniones igual que los temas de religión.

De entrada, el número de aquellos a los que podrá interesar, es inmenso. Obliga a no comunicar a los aspirantes el capítulo del *Instituto* que trata del fin y de los principios de la congregación: hay que respetar su mentalidad y ganarlos en primer lugar por la exposición de las ventajas naturales. Declara que los asociados se proponen

como objetivo inmediato... estar unidos en oraciones y méritos, y hacerse juntos más fuertes en las vías de la salvación por la ayuda de las instrucciones y de los ejemplos mutuos, [que uno de] los primeros objetivos de la congregación mira a los progresos de los congregantes en la piedad y en la frecuencia de los sacramentos.

Para atraer a la virtud y a la religión a los que están alejados, se recurre «a instrucciones, ejemplos, y prudentes insinuaciones», es decir, a un apostolado colectivo. Así están asegurados todos los que necesitan un apoyo o que no tienen el carácter de un entrenador ni la envergadura de un jefe. En resumen, no aparta más que a los individuos peligrosos: los que, desprovistos de medios de existencia, serían una carga insoportable para la congregación; los que, por ser radicalmente adversarios del Gobierno, atraerían graves inconvenientes; los que, entregados a los placeres y al libertinaje, acabarían siendo corruptores o desacreditarían el movimiento.

De todos los que recibe, hace miembros activos de la misión.

En lo referente a la propaganda directa de las ideas cristianas fuera de la congregación, es muy reservado. ¿Teme despertar la atención de la policía? Menos de lo que se ha creído y dicho. Es más bien cuestión de método. Se trata de un apostolado delicado. Los congregantes no lo comenzarán más que por misión expresa de sus guías. Puesto que se trata menos de enseñar el cristianismo que de mostrarlo vivido, bienhechor, accesible a todos, su gran deber, su deber esencial es contribuir a la vida, al progreso del «movimiento».

Todos contribuyen con su presencia, con sus ejemplos, con sus oraciones y sus méritos. Todos están invitados a trabajar por el desarrollo de la obra atrayéndole nuevas

adhesiones. Hay quienes no pueden ir más allá: pero no son inútiles, ya que el cuerpo obtiene de ellos un aumento de influencia. Estos por su jovialidad y su entusiasmo aseguran el éxito de los paseos. Aquellos realizan muchos pequeños servicios materiales en las reuniones. Hay quienes sobresalen en la acogida a los «forasteros» en las asambleas públicas. Hay quienes, dotados de buena voz, leen discursos, toman parte en las reuniones, ejecutan los cantos. Casi todos se ocupan por turno de los hermanos enfermos. Algunos se encargan de encontrar trabajo a quienes lo buscan. Otros mantienen la unión con los ausentes por las visitas o por la correspondencia. Algunos congregantes llevan, en nombre de todos, el consuelo de la caridad y la luz de la fe cristiana a los hospitales y a las cárceles; otros toman a su cargo a congregantes huérfanos. En el grupo de almas generosas, unos realizan sus funciones en el seno de la asociación; otros cuidan en particular de un postulante o de un aspirante; otros se ponen a disposición de su párroco para catequizar a los retrasados o para constituir y dirigir los «patronatos» antes de que existiera el nombre. Y si algún asociado se tambalea, siempre hay dos congregantes fervorosos que aceptan la «misión» de verle, apoyarle, volverle a traer. En una orquesta, los papeles son distintos, pero ninguno carece de valor.

¿Fue siempre perfecta la armonía? ¿Se admitió siempre sin discusión el parecer del director? ¿Quién podría creerlo? Pensemos en lo atrevido de su empresa. Crear un verdadero espíritu de cuerpo, realizar el *cor unum et anima una* de los primeros cristianos en una asociación abierta a todos los niveles, a todas las clases, a todas las profesiones, en los alrededores de una época que se había emborrachado hasta la muerte de distinciones sociales, eso era nuevo, era difícil. Las reacciones cuyo eco percibiremos más tarde entre los congregantes más antiguos nos hacen pensar que, en grados diversos, el P. Chaminade conoció siempre dificultades. No terminaron y, a pesar de los prejuicios, de las prevenciones, acaso de las oposiciones, la obra prosperó. Tenía un alma, un alma fuerte, siempre «dueña del cuerpo que *animaba*».

2. Y Balaán gritó

Mientras la sección masculina de la juventud sufría y remontaba su crisis de crecimiento, las otras secciones se desarrollaban.

Las Damas del Retiro, las primeras que se organizaron, serían como una treintena a final de 1805. Las listas de las jóvenes habían aumentado con dieciocho nombres en 1804 y con catorce al año siguiente. Subsistía la organización en fracciones bajo la activa dirección de Teresa de Lamourous.

Entre los Padres de familia, el señor Duchesne de Beaumanoir, el 27 de mayo de 1805, después de su tercera reelección a la función de primer asistente, establecía el balance de los progresos en estos términos:

Hace dos años éramos una docena; hoy este número se ha duplicado, y tenemos que agradecer a nuestra santa Madre el ver entre nosotros a hombres que reúnen tantos talentos como virtudes.

Hace dos años teníamos por guía nuestro celo y las luces de nuestro santo director; hoy, con las mismas ventajas, tenemos una regla y estatutos cuya invariabilidad habéis fijado vosotros mismos.

Hace dos años, diseminados, sin ninguna unión con la edificante juventud de la congregación, varios padres de familia retrasaron, por un falso respeto humano, unirse a nosotros; hoy están determinadas nuestras relaciones: protectores, amigos, consejeros y como nuevos padres, nos hemos entregado especialmente a apoyar a los jóvenes hijos de María. La despreciable barrera del respeto humano ya no existirá y pronto veremos venir junto a nosotros a hombres tan recomendables por su piedad como por el rango que ocupan en el mundo.

¡Padres de la juventud, en la familia de la divina María! ¡Ah, señores, qué título tan hermoso! ¡Qué grande en la Iglesia! ¡Qué honorable incluso a ojos del mundo! ¡Qué digno de la sabiduría de este venerable sacerdote cuyas actuaciones están todas marcadas con el sello de la ciencia y de la caridad perfecta!

Hace dos años, retirados en los oratorios, nos contentábamos con rezar cada uno en particular, según nuestra piedad individual; hoy nuestras oraciones se hacen varias veces en común; hoy las prisiones, los hospitales, no nos son extraños, y ya nuestros hermanos han llevado los consuelos cristianos o sociales a los desgraciados que se creen abandonados.

La venida del Papa a Francia, los esplendores de la consagración, no habían desarmado todas las resistencias. Los anticoncordatarios se unían con los incrédulos para oponerse a la restauración religiosa. En 1803, en Burdeos, el sacerdote juramentado Timbaudy había rechazado abandonar Santa Eulalia y a su muerte, acaecida el 14 de marzo del año siguiente, los constitucionales le habían hecho unos funerales extraordinarios. Mons. d'Aviau le escribió al Papa el 28 de noviembre de 1804...

Los refractarios obstinados y los relapsos nos han suscitado infinidad de molestias. Las escenas escandalosas que tuvieron lugar en el funeral de dos de ellos mostraron más y más lo apropiados que eran para mantener y propagar la seducción entre el pueblo... Otra especie de disidentes, los que aferrados a principios exagerados desconocen la legitimidad del régimen actual de nuestras iglesias, no causaron los mismos trastornos en la diócesis de Burdeos que en algunas de las diócesis vecinas. No obstante, las disposiciones están demasiado señaladas como para no dejar temer la más funesta explosión si no la previene finalmente una manifestación inequívoca de vuestra suprema autoridad.

El señor Duchesne no deja de adaptar sus consejos a la situación:

Le quedan aún muchas cosas que hacer. El enemigo de la salvación de los hombres no duerme, sino que vigila para dañar. Nosotros tenemos que frustrar sus proyectos infernales y, uniéndonos bajo el estandarte invencible de María, debemos combatir y destruir sin cesar todo germen de cisma y de escándalo.

La herejía audaz levanta la cabeza y pronto se quitará la máscara. Unámonos a los sacerdotes católicos, secundémosles con todas nuestras fuerzas; oraciones, palabras, discursos, escritos, ¡que todo tienda entre nosotros a la conservación plena de la fe, de las buenas costumbres y de la santa disciplina de la Iglesia! ¡Que su jefe visible sea siempre para nosotros la voz de la voluntad divina! ¡Sigamos sin dudar el impulso de nuestros pastores! Que las luces de este sabio y muy amable director nos sirvan siempre como antorcha y centro de unidad; porque es así y de ningún otro modo como debemos mantenernos en el Señor.



Alguien que debió escuchar estas palabras con satisfacción fue David Monier, uno de los últimos llegados. ¡Qué bien respondían a las tendencias de su imaginación combativa y al celo de su fe rejuvenecida! De él dijo el P. Lalanne:

Era un hombre excepcional, de una actividad juvenil, de una osadía casi audaz, que decía y persuadía de todo lo que quería en la conversación más brillante; que había visto todo en su mundo y no había olvidado nada, hábil en los asuntos importantes como en los más espinosos.

E. Daudet no vio en él más que un estafador: ¿estudió toda su documentación? Había nacido en Burdeos el 7 de noviembre de 1757, de padres muy cristianos. Abogado, se unió a

los Vergniaud, Guadet, Gensonné, Cadroy... y los siguió a París, donde participó a la vez en su actividad política y se interesó en empresas de librería a favor de sus autores preferidos. Rousseau le entusiasmaba. Había saludado la Revolución como la aurora de la paz y de la libertad para todos los hombres, gracias a la aplicación de los principios del *Contrato social*.

Los excesos del Terror le disgustaron y lo lanzaron de tal modo a la reacción, que se pasó al campo monárquico. Y aparece como agente voluntario de Luis XVIII. Va a Alemania, trama intrigas y se entromete para intentar ganar a Barras a la causa de los Borbones. Pero le sorprende el 18 de brumario; es apresado, encerrado en el *Temple*. La política le ha pagado mal. Libertado, según parece, gracias a Fouché, vuelve a Burdeos, decidido a no abandonar ya la abogacía. En poco tiempo, su bufete de la calle Sainte-Colombe resulta muy frecuentado y adquiere una gran notoriedad. ¿Cómo entró en contacto con el P. Chaminade? Hasta entonces no se había preocupado de las prácticas religiosas. ¿Provocaron los disgustos de su carrera política uno de esos virajes que no son raros en las naturalezas ardientes? ¿Fue testigo de alguna ceremonia religiosa que lo cambió? ¿Sufrió la influencia de un amigo?, ¿de Duchesne de Beaumanoir? Lo que es seguro es que se entregó al P. Chaminade, quien lo jubiló, le hizo leer, reflexionar, rezar, escribir. La conversión fue completa. En adelante todo su ardor lo empleará en favor de la religión, en el seno de la congregación en la que Duchesne le sirvió de introductor.

Varios sacerdotes habían venido a unirse a los que desde 1801 habían pronunciado su consagración mariana. El P. Chaminade estimaba su adhesión. Aunque sus funciones los retenían a menudo lejos de las asambleas, su sola presencia en las listas generales hablaba de su estima por la obra. Pronto fueron bastante numerosos para constituir una sección especial.

Uno de ellos, Noël Lacroix, no era otro que el antiguo beneficiado de Sainte-Colombe, el animador de la Aa bordelesa, el infatigable organizador de reuniones para la juventud antes de la Revolución. Podemos adivinar con qué alegría, a su vuelta de Portugal, encontró bien viva la obra que tanto había querido. Los Lafargue, Estebenet, Darbignac, Ducot y muchos otros habían pertenecido a la congregación de Sainte-Colombe. Como director de la Aa, había estimado mucho al joven sacerdote Chaminade, al que en adelante ayudaría orientando la juventud hacia él. Los dos sacerdotes debieron evocar más de una vez el pasado y sacar juntos consecuencias. Más de una vez, nombrado sacristán mayor de San Pablo, Noël Lacroix debió asistir y tomar la palabra en las reuniones de la Magdalena.

De talla elevada y majestuosa, la cabeza calva y ya canosa por los años, frente modesta y serena, fisonomía llena de dulzura, de bondad, actitud devota y muy edificante, lenguaje puro y delicado, maneras afables y acogedoras, con la sonrisa en los labios, de una alegría verdaderamente espiritual,

así es como aparecía entonces a los asistentes y más de uno sin duda notaba en cuántos rasgos se le asemejaba el que veían como su continuador.

Jacques Bergéy, párroco de Santa Eulalia, también había pertenecido a la Aa, de la que en 1772 había sido empleado. La congregación no gozará mucho tiempo de su ayuda, pues morirá en 1805.

Su coadjutor, Jean Antoine Martegoutte, mantendría con la Magdalena una colaboración que no cesó cuando fue nombrado capellán de las cárceles. Joseph Momus, oriundo de la diócesis de Condom, era coadjutor de San Miguel y, con Jacques Micheau, un vendeano, atendía a la comunidad naciente de Hijas del Sagrado Corazón.

Pierre Drivet había hecho sus estudios en Mussidan, donde había conocido a los hermanos Chaminade. Párroco de Soullignac-en-Benauges, no había dejado su diócesis durante la Revolución y ahora ocupaba la parroquia de San Marcial. Fallecerá a los 92 años el 10 de noviembre de 1834. Su hermano Jean dirigía el seminario y mejor que nadie podía decir la parte que la congregación tenía en el reclutamiento sacerdotal. Expirará en los brazos de un congregante, Denys Joffre, el 4 de marzo de 1808.

Pierre Bouny trabajaba también en la formación de los futuros sacerdotes.

Jean Laboual, de la diócesis de Bazas, era un sacerdote no juramentado en San Eloy. Antoine-Marie Toucas de Poyen, párroco de San Pedro y pronto profesor de filosofía en la facultad de Burdeos, se había distinguido hacía poco en las querellas provocadas por la Constitución civil del clero y aún se hablaba de su buena actitud para con su predecesor, el párroco juramentado Bordenave, ex dominico. Jean-Antoine Cossourd era uno de sus coadjutores. El otro era Jean Boyer, discípulo de Noël Lacroix y catedrático desde 1801.

Se ve que la congregación no carecía de simpatías entre el clero bordelés. Incluso se había adquirido algunas más lejos por la recepción de Louis Ferret y Jean Larribeau, de Condom, y por la de Jean Bernier, párroco de Lapoujade. En total, más de veinte eclesiásticos muy edificantes.

En el entusiasmo suscitado por las victorias de Ulm, de Austerlitz y por la paz de Presbourg, a los acordes repetidos de los *Te Deum* solemnes, se había llegado a los primeros días de 1806.

Terminaba una misión. El P. Lambert con sus compañeros los PP. Thomas, Gloriot, Desmarres y Enfantin, habían obtenido éxitos consoladores. El domingo 19 de enero se desarrolló una gran procesión de clausura en la catedral de San Andrés y como recuerdo se fijó una hermosa cruz en una de las capillas. La policía no había autorizado su erección en la plaza pública. Quizá la tarde misma de esta jornada, o lo más tarde el domingo siguiente, la Magdalena recibió a los misioneros. Muchos curiosos se habían unido a los congregantes. El P. Chaminade aprovechó esta circunstancia para tratar una vez más un tema que tenía muy en el corazón: la necesidad de las congregaciones.

Tenemos por escrito la preparación del discurso que pronunció. La redacción está completa¹, lo que es raro en este hombre que se contentaba con notas; variantes marginales indican solo que se reservaba escoger sus expresiones ante su auditorio. Es la exposición más metódica que tenemos de su pensamiento.

Parte de un texto del libro de los *Números*, que cita y traduce:

Y el profeta, elevando los ojos, vio a todo el pueblo de Israel colocado bajo tiendas y distribuido según el orden de las tribus, y exclamó: «¡Qué hermosos son tus pabellones, Jacob! ¡Qué hermosas tus tiendas, Israel! Son como los valles cubiertos de grandes árboles, como jardines a lo largo de los ríos, siempre regados por el agua, como tiendas que el Señor mismo ha plantado, como cedros plantados al borde de las aguas. El agua fluye con abundancia y la semilla se multiplica como el agua de los ríos y los que te bendicen serán también bendecidos.

Se complace en hallar este orden y esta fuerza que el profeta Balaán admiraba en el pueblo de Dios,

en esta sabia distribución de las tribus que componen la agrupación de los cristianos más celosos, que con el título de congregaciones existen por todas partes sin confundirse, forman una unión totalmente santa, enteramente espiritual, y ponen su centro de paz y de caridad en la persona del vicario de Jesucristo.

Es el principio de la *unión sin confusión*. Cada vez más, estas asociaciones reunirán a todos los cristianos:

Las tribus dispersas hasta los extremos de la tierra vendrán una tras otra a unirse a este hermoso orden y a aumentar su magnificencia. Allí se reunirán un día los cuerpos separados y se formarán nuevos cuerpos solamente según el único orden que puede realizar la fuerza de Israel.

¹ Ver el texto completo en *Escritos y palabras I*, nº 57, pp. [1-10]. [N.E.].

Pero no es suficiente admirar. El orden nace con la ayuda de cada uno. Para no oponerse a la marcha general, deben entrar todos en estas agrupaciones. Hay quienes no lo entienden.

Cierta ceguera natural lleva a los hombres, incluso a veces a los más sabios, a no ver ni sentir la ventaja que tienen en las cosas comunes bien ordenadas...

Unos dicen: «Yo me mantengo aparte. No hago nada malo. ¡Que los demás hagan el bien como les parezca!».

[Otros] alegan que han estado y que son de varias asociaciones; que no quieren meterse en otras nuevas y que no ven mayor fruto en una reunión diferente.

Dejando aparte, si los hubiera en el auditorio, a los que desean permanecer en el mal, el orador va a tratar de mostrar a los primeros «las ventajas de una unión», a los segundos «las ventajas de una unión más profundamente arraigada y más fecunda en todos sus frutos», la de la congregación.

Los cristianos deben unirse. Todo en la religión se lo dice: la caridad, principio de su felicidad, que no puede procurarles saborear previamente el cielo fuera de una asociación; el ejemplo de los primeros cristianos, que fueron perseguidos porque formaban un cuerpo y que en esa unión encontraron el medio de resistencia; las palabras de discípulos, de amigos, de hermanos, tan corrientes en la Iglesia primitiva y que muestran que los fieles se conocían, se frecuentaban, ponían en común sus alegrías, sus penas.

Se plantea una objeción. ¿No están reunidos los cristianos en parroquias, en diócesis? ¿No forman «un solo rebaño»?

De hecho, los pastores son puestos al frente de comarcas, cercanas unas a otras, y los fieles pueden reunirse, en cada lugar, bajo el cayado que les corresponde.

Pero esta unión ya solo es nominal. Hay que reconocer que la institución parroquial está alterada.

No es el pastor, ni el signo visible del cayado lo que falta a los fieles. Puede decirse incluso que nunca los pastores puestos al frente del rebaño han dado pruebas de mayor santidad en las costumbres, de un mayor celo por la salvación de los hombres, de una mayor pureza en la doctrina, de más humildad, de fe, de caridad, de más virtudes cristianas. Pero pregunto a cualquiera que pretenda ser de buena fe, en las numerosas asambleas que se tienen en nuestros templos, en aquellas sobre todo en que la solemnidad atrae a todos los niveles de la sociedad, por conveniencia o por algún arrebatado de alegría que exige públicas acciones de gracias (¡Ulm, Austerlitz, Presbourg y sus *Te Deum* impuestos son aún recientes!), ¿la abundancia de asistentes produce entonces abundancia de fieles? Y me pregunto aún si, fuera de los días solemnes de los que acabo de hablar, no está desierto el templo. ¿No lloran los muros de los lugares santos la dispersión del pueblo de Israel?

Así los días solemnes,

los fieles en número casi imperceptible son ahogados por las multitudes a las que el culto es extraño; y, ... en los otros momentos, unos, avergonzados de la soledad del templo, temen que se les vea allí; otros, los menos, se consumen derramando lágrimas amargas.

Después de esto, decidle a los fieles que no busquen unirse, que ya lo están suficientemente, que tienen lugares designados donde el público entra libremente; ... es decirles: «Dejad languidecer la religión y que los verdaderos cristianos se pierdan

como los judíos en medio de los pueblos idólatras o impíos, sin que se les note, sin buscar fortalecerse y consolarse».

Aunque solo hubiera dos fieles en este recinto, me responderían: «Eso no es más que la pura verdad. Es preciso que los fieles, sea cualquiera su número, se esfuercen por acercarse y reunirse».

¡Reuníos en congregación! *Congregamini! Congregamini!* Que las chispas que con demasiada malicia han sido dispersadas se acerquen: así se abrasarán, y el fuego de la caridad arderá con toda su fuerza...

Suponed por un momento que la dispersión de que hablo no sea tan grande como dicen algunos; el efecto del acercamiento sería entonces reavivar un fuego que existe y que no podría inflamarse en exceso.

Así pues, debemos pararnos de todas formas en esta palabra: *Congregamini!*

El aislamiento es una falta para un cristiano. Es una ayuda, aunque para la mayoría sea involuntaria, a los esfuerzos que los enemigos de la religión hacen para reducirla a la desolación y a ser pocos. Aquellos en los que la fe se ha reanimado por los efectos de una misión salvadora no pueden quedarse en una indiferencia que es mortal.

Así que entrarán en una asociación. Pero además hace falta que elijan aquella en la que encuentren «la unión más profundamente arraigada y la más fecunda en sus frutos». La congregación presenta estas características, de modo que los miembros de otros grupos salen ganando al hacerse congregantes.

No hay ninguna asociación religiosa entre todas las que la autoridad legítima ha consagrado que no merezca elogios; ni una que no haya producido santos, que no haya propagado los buenos principios, que no haya extendido los tesoros de la caridad.

«Pero su diversidad y su misma sucesión» prueban que la Providencia las ha suscitado para responder a diferentes necesidades. Las congregaciones aparecieron con Gregorio XIII y Sixto V, cuando las cofradías no bastaban para combatir «el libertinaje del espíritu y la disolución de las costumbres». ¿De dónde viene su superioridad? Es que los fieles que las componen,

para imitar a los cristianos de la primitiva Iglesia, tienden con sus reuniones frecuentes a no tener más que un corazón y un alma, a no formar más que una misma familia, no solo como hijos de Dios, hermanos de Jesucristo y miembros de su cuerpo místico, sino también como hijos de María.

Son dos verdades en nuestra santa religión que (en el Calvario) Jesucristo se convirtió en Padre de los hombres y que la divina María fue designada por él como Madre suya. ¿Por qué este título de Padre a nuestro Salvador y el título de Madre nuestra a la divina María, si no vemos ahí la promesa de toda la protección unida a títulos tan santos?... El culto dado a Jesucristo nos merecerá participar en los frutos de la Redención. El culto subordinado a María nos merecerá participar en las gracias de que ella puede disponer ante su Hijo. ¿Y quién dispondría de más gracias?

Los sumos Pontífices Gregorio XIII, Sixto V, Pío VI, Pío VII y últimamente el cardenal Caprara, legado del Papa, han renovado la promesa hecha por Cristo de una asistencia maternal por parte de María a sus devotos.

La entrega, el culto, es la única condición requerida para experimentar los efectos de estas solemnes promesas. ¿Y qué entrega más total existe que la que se expresa en el acto de consagración congregante? ¿Qué culto más completo, más manifiesto, más constante que el de la congregación?

Las otras asociaciones tienen algunas observancias de oraciones, de mortificación o de buenas obras, y cada una de estas cosas es buena, hay que aclararlo. [En la congregación] la oración dividida entre el gran número de congregantes que hay en el

mundo es perpetua. Las mortificaciones tienen como objetivo (la) participación entre todos los miembros. Las obras de todo género, repartidas en las diferentes clases, son en común y para todos.

Otras asociaciones tienen un hábito de la Virgen que llevan bajo la ropa. Los miembros tienen algún signo exterior de culto. [En la congregación], se lleva no solo el hábito señalado, sino el signo de hijo de la Virgen en todas sus costumbres, en todo su cuerpo y visiblemente en el rostro. Ante la modestia de un miembro, se exclama: «Es un congregante», y este signo se ha extendido ya a través de todo el mundo cristiano. Los templos, los monumentos, las fiestas más frecuentes son las de las congregaciones.

Se ha dicho cómo estaban divididas las oraciones y formaban un cántico perpetuo, aunque cada uno no les diera más que unos breves momentos; hay que añadir que la misma perpetuidad existe en el concierto de las obras entre las cuales está la propagación de la instrucción para los que están destinados a ella, sin que los incapaces se sientan avergonzados.

La congregación honra a la Santísima Virgen en todos sus misterios, todos sus privilegios, todas sus grandezas. Ser congregante es ser especialmente hijo y servidor de María:

Es un estado, una especie de condición en la religión...; es, por medio de frecuentes reuniones, restablecer el verdadero espíritu del cristianismo bajo los auspicios de María y entrar así en las intenciones de Jesucristo.

¿Es de extrañar que los Sumos Pontífices hayan abierto en cierta forma todos los tesoros de la Iglesia a favor de las congregaciones?

Aquí el P. Chaminade señala las indulgencias y favores espirituales concedidos a los congregantes. Tras lo cual concluye la primera parte de su segundo punto e inicia su último desarrollo: la congregación realiza «la unión más fecunda en frutos».

¿Qué frutos son estos?:

1. Los que Jesucristo ha unido a las piadosas reuniones hechas en su nombre, los que nacen de la presencia del Espíritu Santo.
2. El empuje del ejemplo dentro de una asociación donde están los más piadosos entre los cristianos, a menudo los más sabios de entre los hombres; el impulso habitual a toda clase de bien; el gusto por las cosas santas; la propensión a seguir el culto y los diversos oficios; la dulzura de los sacramentos, solo conocida por aquellos a los que Dios llama a experimentarlas.
3. La fuerza recíproca que se prestan contra los diferentes géneros de tentaciones y sobre todo contra la que nace del respeto humano.
4. Las buenas obras... que son más fáciles para cada uno, más extendidas en su conjunto, pues cada uno participa según sus talentos, su aptitud, sus facultades y en el secreto en cuanto sea necesario; sobre todo las obras de celo que son la base de los preceptos y que uno está tan poco llevado a practicar en casi todos los demás lugares.
5. La instrucción renovada con más frecuencia, mejor reglada, más sencilla a veces y otras más profunda, según las clases en que se distribuyen.
6. Esta comunicación de obras con todas las ramas de la gran congregación desde el siglo XVI en que fueron establecidas e incorporadas entre ellas por la que es la madre común.
7. Y, para decirlo todo en una palabra, el desarrollo del celo, del amor por una parte, y por otra esta forma de observar la justicia según Dios que consiste en evitar el mal y en practicar toda clase de bienes.

Llegamos a la conclusión:

La congregación de las naciones reunidas en nombre de la Madre de Dios, ante Dios su Hijo, nuestro Redentor, es el triunfo de la religión...

¡Uníos! ¡Que los más perfectos sean canales de la gracia para sostener y animar a los menos avanzados! ¡Sed unos para los otros como los ángeles del Señor!

La peroración, digna del exordio, la proporciona Isaías:

¡Levántate, resplandece, Jerusalén, porque llega tu luz; la gloria del Señor amanece sobre ti! ... Levanta la vista en torno, mira: todos esos se han reunido, vienen hacia ti. Tus hijos llegan desde lejos, a tus hijas las traen en brazos. Entonces lo verás y estarás radiante; tu corazón se asombrará, se ensanchará... (Is 60,1-5).

Una indicación marginal hace suponer que en la traducción se insertó una alusión a la presencia de los misioneros.

Tal fue el discurso. La necesidad de la asociación para vivir cristianamente y la superioridad de las congregaciones marianas para asegurar a los cristianos los beneficios de la asociación son las dos convicciones fundamentales del P. Chaminade, las que explican toda su vida a partir de 1800, las que resumen todas las notas que escribió para justificar o defender su obra predilecta.



Casi al día siguiente de su vigoroso alegato en favor de las congregaciones, vio el momento en que, a su pesar, tendría que cesar en este ministerio. Se encontró «muy apurado por los medios de existencia».

Es fácil hacer la cuenta de sus recursos. Del Gobierno solo recibe una modesta pensión de 450 francos. No figura en las listas del clero parroquial, único retribuido. Las dos clases de edad madura y la de las jóvenes le dejan los dos tercios de sus cotizaciones, pero podemos adivinar que no son una fortuna. Desde el 15 de enero de 1805, los jóvenes pagan la iluminación de las asambleas dominicales y entregan al director una suma fija de 36 libras al mes para cubrir los gastos que le ocasionan todas las otras reuniones. Recorriendo el registro de la contabilidad, se constata que esta modesta compensación económica no llega al director sino con meses de retraso. En total, estas diversas contribuciones le permitían a lo más pagar el alquiler de la capilla y mantener en ella el culto. ¿Qué tenía para vivir?, ¿para pagar a su sirvienta?, ¿para pagar su alquiler? Los honorarios de sus misas, de algunos servicios fúnebres celebrados por los congregantes difuntos, las rentas de su propiedad de San Lorenzo. No había de dónde economizar mucho y una cosecha deficitaria bastaba para desequilibrar el presupuesto. ¿Era prudente seguir en ese precario estado?

Apremiado por la penuria, el P. Chaminade pensó en «emplearse en la ciudad en algunas obras lucrativas» y pensó en «la dolorosa necesidad» de disolver él mismo la congregación. Como, por otra parte, no quería «perder el fruto de sus trabajos pasados», recordando sin duda los métodos de la Aa, pensó que un pequeño grupo de congregantes fervorosos podrían en cierto modo continuar la obra comenzada. Un día, tomó una hoja y fijó algunas ideas que tenía en la cabeza sobre el tema². Sin buscar una denominación complicada, llamaba a este grupo de selectos la *Reunión de los doce*, pues pensaba poder contar con doce jóvenes, la mayoría, sin duda, oficiales.

Uno de los doce, nombrado por sus hermanos, debía ser el regulador de sus operaciones y ser como su centro.

² Ver *Escritos y palabras I*, Nº 73, pp. [1-6]. [N.E.].

Las asambleas, las deliberaciones, debían ser secretas, es decir que los jóvenes de la congregación no debían darse cuenta de nada, pues de otro modo el celo de los doce hubiera quedado sin efecto; los jóvenes los habrían tomado por vigilantes incómodos. El celo de los doce debía multiplicarse [cuando se les confiara] la comisión... de ver y de excitar a los jóvenes más tibios, más inexactos, o de recuperar a los extraviados. Se les encomendaría la correspondencia con los congregantes ausentes de Burdeos, para sostener su virtud contra los escándalos que pudieran encontrar en los diferentes lugares a donde hubieran ido.

El proyecto no tuvo por entonces otra consecuencia.

Algunas personas prudentes me animaron –dice el P. Chaminade–. Vendí diversos objetos de los que en realidad podía prescindir; entre otros un magnífico ornamento; recibí dinero de mi familia; me repuse de esta gran angustia. Todo quedó en el mismo estado.

Fue una alegría.

3. Todo renace

De 1806 a 1809 la congregación vivió unos años hermosos, de crecimiento vigoroso, de benefactora unión, de fecundidad.

Bajo el impulso de los Quentin Lousteau, Marc Arnoz, Pierre Goudelin o Patrice Lacombe, los jóvenes se hicieron numerosos. Desde el 9 de marzo de 1807 el P. Chaminade hace decir a un padre de familia sobre la asamblea pública:

Ayer vi varias veces el momento en que ya no se encontraría sitio en la tribuna.

El invierno siguiente escribe a Lafon:

Veo con alegría renacer el espíritu primitivo. Hay más unión, más celo. Los oficiales parecen comprender que se necesita menos discutir y más actuar.

Un año más tarde es Lafon el que, de vuelta a Burdeos, informa a sus amigos de Figeac; el 26 de febrero, uno de ellos, A. Brougnon-Perrière, le responde:

Me he enterado con alegría que la congregación aumenta cada día.

Y el 9 de marzo, otro, llamado Nau, se expresa así:

Estoy encantado por los nuevos progresos que la congregación hace cada día. Quisiera poder compartir los trabajos que se toma para acelerar los efectos. Pienso, sin embargo, que se siente bien compensado por el consuelo de ver que el éxito corona un trabajo tan noble.

A falta de las listas de la congregación que han desaparecido, estos diversos testimonios nos dan alguna idea del desarrollo de la congregación de los jóvenes. En otoño de 1808 forman el grupo más numeroso, y eso que el de las chicas supera las doscientas cincuenta. En septiembre de 1809, la policía, informada por congregantes, habla de unos trescientos miembros.

Un mal trozo de papel, conservado por casualidad, nos manifiesta que en una sesión del mes de marzo de 1807, el Consejo de la congregación se ocupó especialmente de los

postulantes. Si siempre se había visto a esta clase como «el vivero de la congregación», por entonces contribuía poco a aumentar el número de congregantes. Si varios postulantes habían entrado al seminario, si varios otros, «edificantes por sus virtudes y su piedad», habían dejado la ciudad antes de la edad exigida para su recepción, resultaba que esta agrupación era mucho menos numerosa que en el pasado.

Sin embargo, se había añadido:

Esta clase merece el mayor interés. Es digna de todo el celo de la congregación, porque:

1. Aparte el bien real de conservar en la inocencia y la virtud a tantos jóvenes adolescentes, ¿no encontraría la congregación un continuo alimento de sujetos virtuosos, animados por su espíritu y ejercitados en sus prácticas?
2. ¿Qué buena obra hará a la congregación más respetable y más interesante que el mantener y hacer crecer en la virtud a todas estas jóvenes plantas?
3. A todos los sacerdotes de la ciudad y sobre todo a los párrocos les conmoverá. Saben que de ordinario su ministerio para con esta juventud es insuficiente.
4. El Señor Arzobispo no podrá ver sin emocionarse que los jóvenes de la congregación escogen un medio tan realista de sostener la religión y de aumentar el número de cristianos.

¿Por qué no iba a despertar el Consejo el celo de las divisiones? Sería fácil levantar esta obra «si la masa de la congregación pusiera en ello verdadero interés». La experiencia ha enseñado los abusos que se han de evitar y los medios que hay que emplear. Hay que consultar a las divisiones.

Todas estas consideraciones fueron «maduramente pensadas y discutidas», y luego se fue a las decisiones. Leemos:

El Consejo decide:

1. que se hará un acta abreviada de todas estas consideraciones;
2. que el prefecto de la congregación pasará sucesivamente por las salas de división el primer día en que se reúnan y les comunicará el acta. Queda autorizado a explicarla e interpretarla según las intenciones del consejo;
3. que si las divisiones toman en serio la cuestión y manifiestan verdadero interés por la buena obra que se les propone, el consejo les manifestará lo antes posible los medios sencillos y prácticos que prevé para llevarla a cabo con éxito.

Ningún documento escrito ha fijado la acogida hecha por las divisiones a esta comunicación. La aparición de un *Instituto* completo para la clase de los postulantes permite pensar en una aprobación general.

Según los términos del nuevo reglamento, el postulante en su admisión es presentado en una asamblea general de la congregación y recibe la bendición del director. El congregante que lo presenta se convierte en su «protector» y responde de su conducta; si hay algún impedimento, el Consejo designa otro protector. Cada congregante puede proteger a varios adolescentes. Un introductor nombrado en Consejo dirige y forma al conjunto de los postulantes. Es él quien fija las asambleas y los paseos, que deben ser diferentes y separadas de las de los congregantes. Debe conocer a cada sujeto, seguir su evolución, controlar su asiduidad y rendir cuentas al Consejo una vez al mes sobre las disposiciones de su grupo y sobre el celo de los introductores particulares o protectores... Según su informe, el Consejo excluye a los sujetos o los mantiene en las listas, confirma o cambia a los protectores.

Los postulantes comulgan todos los meses con los congregantes. Recitan cada día una hora del Oficio Parvo de la Inmaculada Concepción y asisten a la misa de la congregación el domingo. Según avanzan en edad y se hacen capaces de aprovechar de las instrucciones destinadas a los hombres hechos, son conducidos por su introductor o por sus protectores a

las diversas asambleas de la congregación. A los 16 años entran directamente en la clase de los probandos.

Comparado al de los años anteriores, este reglamento indica un alivio de las obligaciones impuestas a los asociados y una mayor iniciativa dejada al introductor. Los protectores son una innovación inspirada sin duda por la existencia de los introductores particulares entre los aspirantes.

Otra novedad revelada por lo que queda de los papeles de la congregación: una larga *Instrucción* dirigida al introductor³. ¡Otro delicioso trozo de fina psicología y de delicada solicitud! Como en muchos escritos de esta época, parece que el redactor de las ideas indicadas por el P. Chaminade fue David Monier.

La primera parte tiende a imbuir al introductor de sus responsabilidades y subraya la importancia de sus funciones:

Los jóvenes postulantes han sido llamados el vivero de la congregación porque, en efecto, esta no se puede renovar de forma constante más que por medio de los jóvenes alumnos que reemplazarán cada año las inevitables pérdidas que trae el tiempo. Los jóvenes postulantes merecen... toda la atención del Consejo y de los oficiales de la congregación, todo el celo, el alma entera, si así se puede decir, de aquel que sea propuesto para ser su introductor.

¿No podría decirse que el autor de estas reflexiones sufre por no tener palabras que expresen su pensamiento? Sigue con una distinción que para nosotros proyecta luz sobre el doble programa de la congregación: preservar y conquistar:

El mundo, sin duda, proporcionará también reemplazantes por la clase de los aspirantes, pero estos últimos no nos parecen destinados a producir la misma utilidad... En la adolescencia más joven, en esta juventud aún virgen del mundo es donde descubriremos, con el tiempo, la más hermosa flor de la institución protegida por la Augusta María.

El autor parece de nuevo incapaz de expresar lo que experimenta.

[Esta importancia] dada a la clase de los postulantes es de un interés que pocos quizá sabrían sentir y que sería superfluo explicar a quien no tiene ese sentimiento. Aquí, el objetivo no es sustraer al mundo una presa que ya ha cazado y a la que acaso trata con tiranía; es frustrarle una presa que envidia de lejos y que atrae hacia él con seducciones tanto más engañosas cuanto que el adolescente sin experiencia no puede desconfiar y de quien nunca percibe sino que el exterior más brillante.

Salvando del falso brillo del mundo a estos jóvenes, hay que conservar su inocencia. Esta acción es imposible sin la gracia divina; es una de aquellas en las que brilla más la misericordia de Dios, cuando le place llevar su efecto sensible a una gran ciudad.

Jamás un instrumento de la Providencia, débil como nosotros podemos serlo, debiera temer más encontrarse indigno de la misión que se le confía. El Altísimo quiere probarlo quizá él mismo, poniéndole a la acción en un designio tan grande.

¿Hay que dejarse desanimar por la inmensidad de la tarea? No,

porque nosotros no actuamos ni para nosotros mismos ni por nosotros. Pero hemos de tener siempre presente en nuestro espíritu la obra emprendida... Si la clase de los jóvenes postulantes es fundada bien una vez, la obra (la congregación) es indefectible.

³ Ver *Escritos y palabras I*, Nº 61, páginas [1-16]. [N.E.].

La misión del introductor se presenta bajo un doble aspecto: preservar al adolescente del contagio del mal, lo que lleva a sustraerlo a las malas compañías y preservarlo de los ejemplos perniciosos; defenderlo de los peligros que vienen de él mismo, lo que conduce a revelar su carácter, sus pasiones, los ardores de la concupiscencia. Abundan las indicaciones pertinentes sobre cada uno de estos puntos. Así leemos:

El introductor no defenderá a los jóvenes postulantes de las compañías malas o sospechosas si no los une entre ellos o con el introductor... Debe informarse sobre sus diversiones, sus paseos, sus ejercicios, sus juegos, y, reuniéndolos en diversos grupos, formando con ellos algunos días un solo grupo o viéndose forzado a entregar a alguno aisladamente a su protector o a otro encargado, debe saber dónde y cómo pasan sus ratos de asueto... Porque estos jóvenes postulantes no deben verse privados de sus recreos. Al contrario, hay que compadecerse de su edad y permitirles la diversión como un alimento. Pero todo en sus diversiones debe ser decente y honesto. Reflexionando en ello, tomando el parecer de las personas de experiencia, cuidando de poner al frente de las reuniones a espíritus sonrientes y alegres, las asociaciones se forman bien y se previene el peligro de las compañías externas desconocidas.

Hoy hablamos de la preservación por la amistad, de la educación por la alegría: los amigos de los jóvenes, los Felipe Neri, Allemand, Chaminade, Bosco... siguieron los mismos principios. La gracia, la experiencia y el amor les valieron intuiciones que la psicología moderna admira sin ser capaz de superar.

Pero seguirá existiendo contra el joven postulante el peligro de los ejemplos que vea en el mundo y a veces incluso en el secreto de las familias. Nada puede frenar el peligro del ejemplo, cuando los que lo dan están cerca de nosotros. Por eso es en el que está expuesto a él donde hay que aminorar el mal.

1º La costumbre de las amistades limpias entre los postulantes y sus protectores debe evitar otras tantas ocasiones peligrosas.

2º Darse cuenta de los males de los que el mundo es culpable y el amor interior de cuanto agrada a Dios son lo que preserva contra la maldad del vicio, cuando este quiera mostrarse.

3º La costumbre de tener un confidente de su vida y de sus acciones, sea en su protector, o en cualquier otro congregante prudente, confidente al que no se oculte nada de lo que interesa o de lo que admira, es una ayuda contra la atracción de todo ejemplo fuera de las costumbres.

4º La frecuentación de los ejercicios de piedad, especialmente la frecuentación de los sacramentos de la penitencia y la eucaristía, será la fuerza de los sencillos y el apoyo de los buenos.

5º Lo esencial para el introductor es darse cuenta muy pronto del peligro, en cada circunstancia y para cada persona; porque el peligro conocido demasiado tarde no tiene remedio. Por lo tanto, que rodee o asocie a sus jóvenes postulantes de tal forma que, cuando sea preciso, no deje de llegarle la advertencia y, si alguna vez el presentimiento previo no pudo adelantarse al peligro, que al menos la vigilancia inmediata, ayudada por todos los consejos posibles, destruya sus efectos.

Al mismo tiempo que previene o combate las influencias malignas, el introductor debe atraer la atención de los sujetos hacia los peligros cuya fuente está en ellos mismos. Sabemos la importancia del carácter en la fisonomía moral de las personas. Depende del temperamento, pero la intervención de la voluntad puede favorecer, vigilar o frenar las manifestaciones de las tendencias naturales. El introductor estudiará el carácter de cada postulante, buscará el defecto dominante de cada uno, para señalarlo.

¡Cuántos hombres, por haberse conocido demasiado tarde, no se corregirán jamás!

Al nacer las pasiones con la mayor frecuencia del carácter, si este es equilibrado, dominado, serán poco peligrosas.

El combate contra el carácter desde la edad de la razón, previene la desviación de las pasiones, que serían entonces relativas. ¡El conocimiento que la persona puede adquirir de su carácter no deja lugar a la pasión!

Si fuera preciso, en el caso de una naturaleza rica,

habría que oponer una pasión a otra: el orgullo al amor, la gloria a la pereza, la magnanimidad al odio, el brillo y la ostentación a la avaricia..., para captar a propósito el instante en que se haría salir el vicio igual de la primera y la segunda pasión.

Y alguno dirá si todas estas preocupaciones son necesarias cuando se trata de adolescentes.

Sin duda este trabajo sería superfluo si los pequeños esfuerzos de un corazón joven no fueran los preludios de los mayores impulsos para un tiempo que seguirá pronto.

No es menos importante que el postulante tenga ideas claras sobre la concupiscencia.

Este apetito del hombre hacia todo lo que es contrario a sus luces, su rectitud e incluso su normal interés, se hace sentir en todas las circunstancias de la vida. El corazón más puro, alabando a Dios, se inclina muy a menudo hacia los objetos sensibles y les da por ello un homenaje contrario al que surgía del corazón. Tal estado es consecuencia del desorden introducido en el mundo por el pecado. Es la funesta mancha del pecado original.

Hay que considerar este estado como es y no confundirlo con el mal voluntario, que nos da el estado del pecado.

Por no haber conocido este fondo de concupiscencia es por lo que tantos hombres han pasado de la inquietud al escrúpulo, del escrúpulo renaciente a una aparente incapacidad de la salvación y de ahí los unos a la desesperación, los otros a todos los excesos de sus sentidos corrompidos.

El hombre debe saber pronto que el fondo de concupiscencia que hay en él es rescatado por Jesucristo; que estamos destinados a combatir este fondo vicioso, pero que él no nos puede hacer perecer, si el pecado voluntario no nos subyuga él mismo, haciendo inútil para nosotros la salvación.

¡Luchemos! ¡No nos inquietemos por la victoria! Nos ha sido prometida por aquel que lo puede todo. Si nuestros apetitos desarreglados se rebelan, que nuestra voluntad constante los desapruebe. En la voluntad es donde se refugia nuestra inocencia, esperando que nuestros apetitos sufran la muerte para no renacer nunca más.

¡El guía conoce la montaña!



Las otras ramas de la congregación crecen también regularmente. Las jóvenes tienen veintitrés recepciones en 1806, diecinueve en 1807, treinta y una en 1808, y en estas cifras no están comprendidas las «Hermanas asociadas del Sagrado Corazón» que, siendo catorce, encabezadas por las señoritas Vincent, vinieron a la Magdalena a consagrarse a la Virgen el 21 de noviembre de 1806. Los miembros están repartidos en dos divisiones, organizadas cada una en cuatro fracciones que llevan el nombre de un misterio de la Virgen. En 1808, existen las fracciones de la Concepción, de la Purificación, de la Asunción, del santo Nombre de María, de la Natividad, de la Presentación, de la Anunciación y de la Visitación. Cada una cuenta con veintidós a cuarenta y cuatro congregantes. Cada fracción tiene su oficiala particular y una suplente, cada división una oficiala principal. La «Madre» dirige el conjunto. En esta fecha,

como vemos, la organización difiere un poco de la de los jóvenes: sigue como fue al principio; ha conservado las jefes de fracción, que en la rama masculina fueron reemplazados por sustitutos secretos.

La Asociación contaba en 1805 con veinticuatro adherentes. En 1806 tiene treinta y cinco, sesenta y dos en 1807, setenta y cinco en agosto de 1809.

Las Damas del Retiro son por entonces ochenta.

Los primeros Padres de familia pertenecían todos a las carreras liberales. Las profesiones manuales entraron en el grupo en 1804. El 10 de junio recibieron a un panadero; el 15 de agosto, a otro panadero y un escultor. Un artículo adicional al reglamento de 1803 les concedió en seguida (el 27 de agosto)

la libertad de aparecer o no en las asambleas particulares del cuarto lunes de mes, salvo que el señor director los hiciera convocar de modo extraordinario, si el caso lo requería.

El 2 de marzo de 1807 se tuvo «la primera sesión de la congregación de artesanos». No eran más que siete; tres meses más tarde, su número se había duplicado. Sin embargo, un nuevo reglamento general redactado hacia esta época se limita a prever que «si la congregación se acrecentara notablemente, se podrían formar dos divisiones». ¿Se produjo tal eventualidad? A partir de junio de 1807 las listas conservadas son incompletas. También es cierto que en 1808 el abogado David Monier retomó la pluma y compuso «un reglamento de organización», que daba a los padres de familia «un régimen análogo al de los jóvenes». Nos falta el texto definitivo. Los dos borradores que nos han llegado (el primero con las observaciones del director, el segundo inacabado) prueban que en este momento existían dos secciones para las que se buscaba el gobierno mejor adaptado⁴. David Monier proponía el nombre de Afiliación para «la nueva sección» y el de Asociación para la antigua. Esta correspondería a la segunda división de los jóvenes y aquella a la primera. Cada una tendría a su cabeza un primer y un segundo asistente, un enfermero, un secretario y un tesorero. La afiliación se reuniría los primeros y terceros lunes de cada mes; la asociación los segundos y cuartos lunes. Cada vez que hubiera un quinto lunes en el mes, se tendría reunión general.

El P. Chaminade temió que el nombramiento de oficiales en igual número en cada sección hiciera nacer la idea de dos congregaciones diferentes e independientes. Siempre le guía el mismo principio: los católicos deben formar grupo. Sugirió que los mismos oficiales se ocuparan de ambas secciones; si fuese necesario, se les daría un suplente. ¿Fueron más lejos y llegaron al régimen de las otras partes de la congregación: un jefe y dos asistentes que tendrían cada uno la responsabilidad de una división? Es posible; pero no lo sabemos con certeza: en junio de 1808 las dos secciones tuvieron sus reuniones separadas y dos asistentes, un rico negociante, Lacombe, y un cirujano, Trocard, presiden los destinos de la asamblea.

Lo que los borradores de David Monier ponen muy de relieve es el fin propio de la congregación:

Todos los miembros de la congregación tienen como objetivo procurar la mayor gloria de Dios y la de la religión: todos se comprometen a honrar a la Santísima Virgen con un culto muy especial.

La juventud en esta empresa debe tener como objetivo el mantenerse y confirmarse en la fe y formarse en el ejercicio de las virtudes.

Los padres de familia, sin pretender separarse de ese mismo objetivo para sí mismos, tienen principalmente como fin el procurar la ayuda a la juventud, por sus ejemplos y por los medios que tengan a mano.

Puede suceder que una parte de la juventud esté más avanzada en las vías de la perfección que los padres de familia, ¡y quisiera Dios que así fuera, en cierto sentido!;

⁴ Ver *Escritos y palabras I*, Nº 63, pp. [1-11] y Nº 64, pp. [1-8]. [N.E.].

pero incluso en este caso, los padres de familia no deberían menos formar grupo, para ser un ejemplo. Siempre será bueno ofrecer a la atención su número, su edad y, por así decir, la entrega de su vida entera a favor de la fe. La perpetuación del culto pide que cada siglo que acaba transmita sus verdaderas creencias a la edad que puede ya recogerlas y a quien avanza para sostenerla a su vez. Es por congregación y no aisladamente como debe hacerse esta transmisión. Las virtudes individuales no siempre tienen fuerza suficiente para producir imitadores. Se necesitan la razón y el número. Así pues hay que desear que a quien tiene el poder de persuadir se le venga a añadir la virtud; pero es más deseable aún que el amigo de la virtud que sólo puede dedicarle su inclinación y sus acciones secretas, pueda también reunirse.

¡Que todos se reúnan bajo el estandarte levantado por la religión como signo de enganche, y que Dios haga lo demás! No debemos en modo alguno dudar de los efectos de la agrupación en el orden de la gracia. ¡Que exista nada más! No necesita esfuerzo ni lenguaje. Por su sola presencia animará a nuestra joven milicia cristiana a llevar a los trabajos civiles la justicia inmutable y el secreto temor de Dios; Ella le dará el valor para defender contra las lenguas envenenadas la creencia y los altares que nuestros padres nos han transmitido.

El discípulo era el eco fiel de la palabra del maestro.

La organización de las Damas del retiro evolucionó en el mismo sentido que la de la congregación. Ignoramos en qué fecha se organizaron en dos secciones. Existen ya a finales de 1808 y la nueva sección cuenta con veintidós miembros. El Consejo de la asociación comprende una jefe, dos oficiales principales, que son jefes de sección, cuatro oficiales de barrio y una oficial de instrucción e introductora de las candidatas.

Las oficiales de barrio son una particularidad de la agrupación y un hallazgo. Hay cuatro barrios. El primero comprende las parroquias de San Miguel, Santa Cruz y San Nicolás; el segundo las parroquias de Santa Eulalia y San Eloy; el tercero las parroquias de San Pedro, San Pablo y San Andrés; el cuarto las parroquias de San Luis y San Marcial. Así se abarca toda la ciudad, a excepción de San Severino. La oficiala de barrio se preocupa de todas las asociadas domiciliadas en su circunscripción y por ello debe mantenerse en constante contacto con las dos oficiales principales. Convoca a los miembros a las asambleas, transmite las directrices y las invitaciones tanto ordinarias como extraordinarias, advierte de las comuniones generales, se ocupa de las enfermas y cumple todas las funciones de enfermera. Sobre todo, debe «mantener la unión entre todas las damas».

En este último rasgo se reconoce al P. Chaminade. Él, que quería presentar al mundo masas de cristianos fieles, sabía que el nacimiento, la educación o la profesión crean afinidades, mientras la yuxtaposición de individuos no constituye una sociedad. Tenía en cuenta las tendencias y los gustos legítimos, organizando tantas subdivisiones como hiciera falta, pero manteniendo la unión por la multiplicación de los órganos de relación. No confusión, sino unión. Entre las Damas del retiro, la división en secciones alejaba aquello, mientras la institución de oficiales de barrio aseguraba esto.

Al mismo tiempo, la vida litúrgica de la congregación se amplía. La ordenanza arzobispal del 12 de noviembre de 1804 era bastante restrictiva: misas rezadas todo el año, excepto el domingo en la octava de santa Magdalena, el día de la Inmaculada Concepción y el día de la octava de esta fiesta; vísperas sin bendición tres de cada cuatro domingos; simple bendición una vez por semana, el viernes, una vez al mes, el primer miércoles, y en las fiestas de la Purificación, de la Anunciación, de la Visitación, de la Natividad de la Virgen: era poco. Se sacó el mejor partido de este poco y se aprovecharon todas las ocasiones para obtener más. Mons. d'Aviau se prestaba de buen grado a los deseos de los congregantes.

La fiesta de la Inmaculada Concepción, ya muy solemne en la calle San Simeón, lo fue aún más en la Magdalena. Es la fiesta patronal de toda la congregación y más especialmente de los jóvenes que, después de las vísperas, ante el Santísimo Sacramento expuesto, renuevan solemnemente su consagración a María. El pan bendito, ofrecido por los oficiales, se supone

magnífico: cuesta 33 francos en 1804, 35'40 en 1808. Aparece una costumbre, la de invitar ese día a dos pobres y distribuirles una limosna de tres libras.

San José, patrono del director, es también patrono secundario de la congregación. Desde 1805 se le pone un altar en la iglesia y Mons. d'Aviau permite la exposición del Santísimo Sacramento el 19 de marzo durante todo el día.

El 2 de febrero recuerda cada año a los jóvenes el origen de su congregación. Renuevan su consagración corporativamente, como el 8 de diciembre. En 1807 obtienen el favor de la exposición del Santísimo Sacramento durante las vísperas. Monseñor esperaba (curiosa muestra de las mentalidades) «que el escándalo no aumentara» por esta nueva concesión. Hubo tantas otras antes, que algunos párrocos presentaron «observaciones».

Desde 1805, la Anunciación se celebra con exposición durante la misa solemne y las vísperas: es una fiesta común a las Damas y a las señoritas.

Hay renovación solemne de la consagración. La Visitación es la fiesta propia de las madres de familia: cada año, Mons. d'Aviau les autoriza a solemnizarla como la Anunciación. Los padres de familia no son tratados peor. El P. Chaminade obtuvo además el permiso de predicar la Pasión el Viernes Santo (1805), de dar la bendición del Santísimo Sacramento durante la octava del *Corpus* (15 de junio de 1805), el 22 de julio, fiesta de santa Magdalena (20 de julio de 1805), en Navidad (23 de diciembre de 1805), todos los domingos impares de cada mes (14 de abril de 1806), en Todos los Santos (28 de octubre de 1806), el día primero de año (30 de diciembre de 1806) y el domingo dentro de la octava de la Natividad de la Bienaventurada Virgen María (6 de septiembre de 1809). El día de Ramos, el director bendice un «laurel» y el Jueves Santo se levanta en la iglesia un monumento para la procesión del Santísimo, «un paraíso».

Cuando los párrocos veían que la ordenanza de 1804 se había superado, tenían motivos para apoyar sus quejas. ¿Sufría la piedad parroquial por los privilegios de la Magdalena? Es de imaginar que sí. La vida congregante ganaba en ello y, lo mismo que el director, el arzobispo debía pensar que un día las parroquias se aprovecharían del celo de los congregantes. ¿No ofrecía su presencia masiva en las manifestaciones religiosas de la ciudad metropolitana un espectáculo reconfortante y muy significativo? El P. Chaminade formaba cristianos y sabía pedir a cada uno que diera toda su medida.

Hacia 1806, en un librito que el director les recomendó (*Los Verdaderos Motivos de Confianza que los fieles deben tener en la protección de la Santísima Virgen*), las jóvenes descubrieron una devoción que les agradó: «El amor actual y perpetuo a la Santísima Virgen». Su fin inmediato es «convertir la vida de los que la practican en un continuo ejercicio de amor a María». Se asocian, dice el autor,

un cierto número de personas, cada una de las cuales elige libremente una hora del día para traer más especialmente a la memoria el recuerdo de la Santísima Virgen, reanimar el amor que le tienen, y hacerlo entrar de forma más clara en todo lo que entonces encuentra para practicar.

Nada era más fácil. El P. Chaminade dio su probación sin empujar a nadie y pronto la juventud femenina estuvo casi toda en las listas de esta asociación interna.

Hubo otras más cerradas y más secretas.

¿Cuál era la naturaleza de la que se nos revela en el claroscuro de la siguiente nota?:

Apertura y declaración el lunes. Proyecto madurado y reenviado para hablar de él el jueves siguiente. El jueves no hay entrevista; el sábado primera propuesta de unión, de amistad, de inteligencia. Al día siguiente, domingo, segunda entrevista; después de hecha y adoptada la propuesta, acuerdo sobre los medios para hacer buenas elecciones, que tuvieron lugar como habían sido proyectadas. Tercera entrevista el martes, sobre los medios para realizar el plan determinado.

Hechas las elecciones, como habían deseado, el 2 de febrero, se reunieron el 6 de febrero: renovaron el acta del mes anterior; se prometieron del gobierno actual un doble resultado: la institución fija de la congregación en las mismas formas y el mismo espíritu, que serán invariables; la redacción de una obra que tratará del gobierno de la congregación y de su espíritu en las disposiciones antedichas. Se determina que las entrevistas comenzarán y terminarán con una oración, y que un secreto inviolable cubrirá todo lo que se haga y diga para mayor gloria de Dios.

A pesar del «secreto inviolable», la terminología del autor no es la de los hermanos de la Aa tradicional. Además aquí se trata menos de ser congregantes fervorosos (lo que es el fin propio de la Aa) que de mantener la institución en forma estable y de actuar para ello sobre su gobierno. Esta era la función de los antiguos prefectos y de los prefectos honorarios. Nuestra nota podría muy bien ser su acta de nacimiento. El acontecimiento se habría producido en febrero de 1803, cuando Lafon fue elevado a la prefectura por segunda vez (2 de febrero). En esta fecha los antiguos prefectos eran: Louis-Arnaud Lafargue, Jean-Baptiste Estebenet, Guillaume Darbignac, Hyacinthe Lafon, Martial-Renaud Lacombe y Bernard Rotis. A partir de ese momento es cuando, en la sección de los jóvenes, las elecciones se tuvieron cada semestre y no cada trimestre y, aunque la organización de los jefes no fuera en adelante inmutable, no faltan indicios para fechar en 1803 la primera redacción del *Instituto de la Congregación*.

El colegio de antiguos prefectos se reunió a finales de 1803 y ya no dejó de intervenir en la vida de la congregación. Es sobre todo una especie de Consejo, y el secreto en que se escuda se refiere a sus deliberaciones, lo que es normal, y no a su existencia o a su composición, que todos conocen.

De forma indirecta pero muy real, es un grupo de personas fervorosas.

¡Estaría bonito que antiguos dignatarios, honrados con la confianza general, no fueran modelos de asiduidad a los ejercicios y de ayuda mutua fraternal!

¿Llegó el P. Chaminade a formar con ellos y con algunas otras personas una asociación orientada hacia la perfección de la vida cristiana? No se podría dudar de ello al referirse a las líneas siguientes del 8 de octubre de 1814:

Volvía yo a Francia, hace catorce años, en calidad de Misionero apostólico para toda nuestra desdichada patria, aunque bajo la autoridad de los Ordinarios del lugar. Y pensé que no podía ejercer mejor esas funciones que estableciendo una congregación como la que existe. Cada congregante, de cualquier sexo, edad o estado que sea, debe ser miembro activo de la misión. Varios congregantes de cada cuerpo de la congregación formarían una pequeña asociación religiosa, aunque extendida por el mundo. En estas asociaciones se encontrarían siempre oficiales, hombres y mujeres, para dirigir la congregación. Varios de estos religiosos o religiosas han deseado vivir juntos, en lo que no había sino ventajas para la finalidad perseguida.

Si en 1814 «varios de estos religiosos *desearon* vivir juntos», ¿no será porque antes eran miembros de una «pequeña asociación extendida en el mundo»? ¿Remonta esta pequeña asociación hasta los años de Jena, Tilsitt, Wagram? Hay un hecho cierto: el P. Chaminade soñaba en ella cuando, hacia 1806, ante la perspectiva de una disolución de la congregación, redactaba su proyecto de una *Reunión de los Doce*. En 1809 afirma que esta reunión nunca existió. Quizá haya que tomarlo a la letra: la Reunión de los Doce nunca existió; pero muy bien pudo reemplazarla otra agrupación con distinto nombre.

Cuando en 1874 murió el P. Lalanne, se encontró que llevaba encima, en un sobre de cuero, un cuadernito de pergamino. En él se lee:

IHS

Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os he mandado (S. Juan. c. XV, v. 14).

Donde dos o tres están reunidos en mi nombre, yo estoy en medio de ellos (S. Mateo c. XVIII, v. 20).

He venido a traer fuego a la tierra, y ¿qué quiero sino que arda? (S. Lucas, c. XII, v. 49).

M

Mi alma glorifica al Señor, se alegra mi espíritu en Dios, mi Salvador..., porque el Todopoderoso ha hecho en mí obras grandes (S. Lucas, c. I, v. 46,47,49).

Pondré enemistad eterna entre ti y la mujer, entre tu raza y la suya (Génesis, c. III, v. 15).

Jesús, viendo a su madre y cerca al discípulo al que amaba, dijo a su madre: «Mujer, he ahí a tu hijo» y al discípulo: «He ahí a tu madre» (S. Juan, c. XIX, v. 26,27).

Sus...

Su armadura:

Una cruz. – Los cuatro evangelios. – El Combate espiritual. – Un conocimiento de la religión y de sus pruebas análogo a su estado; adhesión completa, de espíritu y de corazón, a la enseñanza de Pedro y de los obispos unidos a Pedro: porque eso es escuchar a Nuestro Señor Jesucristo.

Su convención:

Todas sus oraciones son comunes: esta comunión permanecerá siempre; ni la duración en el tiempo, ni la distancia de los lugares donde la Providencia los coloque, ni la edad, ni ninguna situación, ni siquiera la muerte podrán destruirla. Ni siquiera el dolor que haría experimentar la defección de uno de ellos lo separaría en la intención de los demás.

Sus prácticas:

Gran honradez. – Suavidad y firmeza de carácter. – Frecuencia de los sacramentos. – Celo por la gloria de Dios. – Dulce confianza en la protección de la Santísima Virgen; celo por su culto. Todos los días: *Memorare, O piissima Virgo, etc.* ... San José, rogad por nosotros ... Santos Ángeles, rogad por nosotros...

Leer algunas líneas del Evangelio, siguiendo el orden de los cuatro evangelistas.

Un corto examen de conciencia por la noche.

A mediodía, la oración jaculatoria: *¡Sea hecha, alabada y eternamente exaltada la justísima, altísima y amabilísima voluntad de Dios en todas las cosas!* A esta hora, en la presencia de Dios, el mismo pensamiento reúne a todos, dejando pasar algunos minutos para gozar del placer que ofrece la certeza de un recuerdo mutuo.

El P. Lalanne llevaba encima este cuaderno desde 1809, fecha en que lo había recibido de manos de Quentin Lousteau. En 1812, anota en su reglamento personal:

A mediodía, diré la oración *Sea hecha, etc.*, uniéndome a sus hermanos de la pequeña Constit...

Y además:

Leeré todos los días un capítulo del *Nuevo Testamento*, procediendo por orden de materias. – Leeré todos los días un capítulo del *Combate espiritual*.

Así en 1809 existe una pequeña asociación a base de amistad, de piedad y de celo. El joven Lalanne, de 14 años de edad, es miembro de ella. Quentin Lousteau la propaga. ¿Forma parte de ella también él? Tiene 31 años; es introductor de postulantes, antiguo prefecto.

Lalanne es postulante. ¿Se pueden inscribir a ambos en las mismas listas de un grupo único? Me parecería mejor dos asociaciones hermanas: una para los pequeños, la de Lalanne en 1809, y otra para los mayores, a la que Lalanne debió pertenecer en 1812 con Quentin Lousteau.

Sin duda había un grupo idéntico entre los jóvenes. No debió ser ajeno a las numerosas vocaciones religiosas que la congregación proporcionó, pero los documentos posteriores no autorizan otras conjeturas precisas para los años 1804-1809.

Lo que podemos añadir es que todas estas agrupaciones, sin ser verdaderas Aa (aquellas cuyas reglas fueron impresas en 1654), proceden de una inspiración análoga y derivan bastante directamente de ellas. Guillermo José las conocía; sabía que san Alfonso de Ligorio las recomendaba; el P. Lacroix podía decirle todo el bien que con ellas había realizado. En el pasado, la Aa bordelesa había organizado pequeñas asociaciones piadosas entre los filósofos, los retóricos e incluso entre los alumnos de secundaria del Colegio Real. ¿No sería una reviviscencia la de Lalanne en 1809? Seguirá siendo verdad que por ella y por las otras, el P. Chaminade se ve como continuador de una tradición congregante que, con el *Colloquium* del P. Rehm en Ingolstadt, el *Sodalis sanctorum omnium* de Douai, la Sociedad de los Buenos Amigos del P. Bagot y las Aa en Francia, los *ristretti* en Italia, había tenido una maravillosa fecundidad. En 1781, cuando el joven Chaminade proseguía sus estudios de teología en Burdeos, la Aa de esta ciudad rezaba para ayudar al P. de Diesbach que trabajaba para introducir la Aa en Turín: ¿nunca se había tratado entre los Lalanne y Quentin Lousteau de las *Amistades anónimas*, de las *Amistades cristianas*, de las *Amistades sacerdotales*?



El fervor que el grupo selecto debía mantener por su irradiación, era de continuo alimentado por la instrucción. En efecto, la piedad sólida se apoya en el dogma. Fuera de la verdad conocida por el estudio, por la reflexión, puede haber actitudes religiosas, pero no hay religión personal, no hay religión verdadera, no hay religión dinámica. El P. Chaminade piensa que la fe de los congregantes debe ser una fe ilustrada. Cuando se habla tanto de las luces de la razón, de la filosofía, ¡la instrucción de los cristianos ha sido dificultada durante muchos años! Es urgente instruir a los practicantes; si no, pasarán por simples y será en detrimento del prestigio de la Iglesia.

Una de las ventajas de la congregación es que asegura a sus miembros un conocimiento serio de la religión. Hemos visto que entre los jóvenes, los jefes de división tienen el deber de instruir a los congregantes cuya responsabilidad asumen. Los introductores, sobre todo el de los aspirantes, deben informarse sobre los conocimientos religiosos de los candidatos y, si es preciso, asegurarles un mínimo indispensable. Esta preocupación está presente en todas las ramas de la congregación. Entre las Damas hay una oficial de instrucción, y tenemos el *memento* copioso que David Monier redactó en 1808, a instancias del Consejo, para uso del congregante encargado de preparar a los candidatos⁵.

El director, por su parte, sigue en la Magdalena el ministerio de enseñanza que se impuso desde el principio: cada domingo y cada fiesta de guardar, quince minutos de instrucción en la misa y tres cuartos de hora en vísperas.

Finalmente, la instrucción es uno de los fines de todas las asambleas, generales o particulares, privadas o públicas.

Mis queridos hijos –decía el P. Chaminade a los congregantes poco después de su instalación en la Magdalena–, hará pronto cuatro años, al salir de la tormenta de la Revolución, quisimos reunir las briznas de una religión que acababa de ser violentamente perseguida. Este fue el objetivo por el que nos reunimos al principio.

⁵ Ver *Escritos y palabras I*, Nº 66, pp. [1-28]. [N.E.].

Después de nuestras primeras acciones de gracias, concebimos el designio de glorificar a Dios más ampliamente y en cuanto nos lo permitieran nuestras fuerzas. Decidimos entonces formar un centro de edificación, convertirnos juntos en cristianos interiores, postrarnos públicamente al pie de los altares y volver cada día a nuestras ocupaciones en el mundo para llevar allí el ejemplo de una fe sólida y de una probidad constante.

La más pura, la más excelente de todas las criaturas, la Santísima Virgen, recibió nuestras invocaciones. Nos consagramos a su culto para asegurarnos ser más fuertes cuando fuera preciso. Y por fin, determinamos emplear aquí en nuestra instrucción todo el tiempo que no estuviera consagrado a la oración o a nuestros deberes. ¡Ojalá por este medio podamos alcanzar la plenitud de vida a la que nos llama la misericordia de Dios! ¡Ojalá no estemos reunidos más que para apoyarnos y animarnos!

Con razón David Monier ve en ello una característica de la congregación. Dice al tratar de las ventajas que se pueden esperar de entrar en la congregación:

Las instrucciones ordinarias de las que aquí queremos hablar, no son las de los pastores que catequizan y exhortan a los fieles, que no serían especiales de la congregación. Se trata solo de las instrucciones familiares que son el tema de los coloquios y charlas de todos en las asambleas frecuentes de cada clase de la congregación.

Y nos muestra en qué ventajosas condiciones se forman los congregantes:

El tema es indicado de ordinario por el Señor director. Uno de los miembros de la asamblea se encarga de proponerlo y, si le parece, de desarrollarlo; pero cada uno puede libremente proponer sus reflexiones, sus dudas, sus dificultades, sus propios puntos de vista, y los demás pueden responder. El P. director está siempre atento y presente, para evitar que se mezcle el sentido humano con la doctrina. Si es preciso, facilita el desarrollo de los puntos de moral que se tratan de ordinario. Los buenos proyectos siempre pueden extenderse y aumentar en la asamblea; pero ni el mal ni el error podrían echar raíces en ella. La simplicidad de los menos hábiles se convierte a menudo en fuente de riqueza para los demás. No está ausente la alegría. Se está como en una misma familia. Poco a poco se formarán en las costumbres de los primeros cristianos, si sabemos por lo menos merecer que la gracia secunde los designios de tan piadosa y amable institución.

En efecto, es así como se nos presentan las reuniones de la congregación a la luz de los documentos que nos han llegado. Escuchamos al director decirnos él mismo, a finales de 1804 o principio de 1805, cómo concibe las asambleas públicas:

Pienso que nuestra instrucción debe estar en relación con nuestros otros fines; y además, sería deseable que no presentara menos interés que utilidad.

Y se explica:

Nuestra instrucción se referirá a nuestro primer fin si tiende esencialmente a hacernos cristianos con toda la energía que puede tener esta denominación. Se referirá a nuestro segundo fin si alimenta en nuestras costumbres y lleva a nuestras acciones esa delicadeza, ese tacto y en cierto sentido esa flor de justicia mezclada con la benevolencia que constituyen la exacta e inviolable probidad.

La instrucción podrá también llevarnos al conocimiento de la maternidad de María y al desarrollo del culto que debemos a esta poderosa protectora, si sabemos leer en la historia sagrada esa larga cadena de predicciones y de acontecimientos que confirman y conducen al hombre de su caída a su reparación y nos ofrecen a esta Virgen santa

como la primera parte de la especie humana salvada del naufragio que ha durado miles de siglos y que podría haber durado eternamente.

[En otros términos], seremos cristianos uniéndonos a los hechos evangélicos. Seremos como un ejemplo de honradez a los ojos de la sociedad absorbiendo, por así decirlo, y tomando como propios los principios más puros de la moral. Descubriremos la gloria de nuestra augusta protectora y la justicia de los infinitos honores que le debemos, por la historia sagrada, que no es sino la historia de sus antepasados y la extensa profecía de lo que ella iba a ser. Las narraciones evangélicas, la más pura moral y la historia sagrada estuvieron, pues, al comienzo, y seguirán siendo el tema de nuestras instrucciones. Conocéis muy bien la utilidad inapreciable de tales temas. El interés vendrá de vuestra disposición y del gusto que ya tenéis por temas de tan gran importancia. También puede venir de la manera como sean tratados. Respecto a esto, la Providencia nos ha suscitado hasta ahora bastantes oradores para fijar a menudo vuestra atención y para revestir las verdades ya conocidas con los más brillantes colores.

El Espíritu Santo ha querido alguna vez que fuera yo mismo el órgano de sus santas instrucciones. ... Me atrevo a esperar que la Providencia no dejará que nos falten las mismas ayudas que nos ha prodigado. Nuestros oradores afligidos por enfermedades o males volverán a su primer celo, los que se alejan serán reemplazados, y, cuando Dios quiera, él suscitará otros de entre vosotros.

Pero no creamos que la elocuencia humana sea la causa principal del vivo interés que encontramos en las verdades que nos ocupan a diario. Dios ha puesto aquí otra unción, otra causa de interés y de verdadero placer creando corazones puros en algunos elegidos de entre nosotros y dándoles el espíritu de rectitud... Os propongo hoy que dejéis los trabajos de la asamblea divisibles en cada sesión entre los hechos evangélicos, algunos puntos más importantes de la moral y de la historia sagrada...

Las sesiones que se dividirían entre estas tres materias emplearían solo media hora cada una; de ahí nacería una variedad que reforzaría la atención. Las sesiones en que una de estas materias se tratase con mayor extensión, no carecería tampoco de interés por su importancia. Pero con la precaución de tener siempre los tres temas preparados por una o varias personas, las enfermedades de unos, las ausencias forzosas de otros, no nos expondrían a vacíos que a veces es difícil llenar de improviso.

Para que al menos tres bocas estén siempre preparadas para responder del interés de cada sesión, me propongo someteros de forma previa y para todas las sesiones futuras, unos prospectos que sean conocidos de quince días a tres semanas antes de estar en el orden del día... Cada vez invitaré a los que deseen tener de ellos un conocimiento más particular, a que se comuniquen con la oficina o con aquel miembro de ella que tenga la copia durante la semana.

A los que hayan asumido la comunicación se les invitará siempre a encargarse, si quieren, de desarrollar los programas por completo o en parte, el día en que estén en el orden. Otros podrán proponer observaciones, hacer objeciones. Yo procuraré siempre que nunca falte alguien para explicar los temas propuestos y para responder a las observaciones y preguntas. Me gustaría mucho que cada uno de vosotros se acostumbrase a conocer directamente los puntos propuestos. Haría incluso multiplicar las copias, si fuera necesario.

Entonces os llevaría a realizar vuestras preguntas por orden, con tono familiar, y hacer que les sigan vuestras réplicas. Me gustaría también que los más tímidos confiaran sus opiniones a sus vecinos y que estos las hiciesen valer. Creed que el grado de interés que nacería de estos coloquios sería tan apasionante como cualquier otro, y en muchas ocasiones sería más provechoso.

El primer *prospecto* expone sumariamente «el objetivo del evangelio, el orden, carácter y concordancia de los cuatro libros del Evangelio». Se prevén cuatro cuestiones, y van resumidas las respuestas que se darán. Se pregunta si la historia de Jesucristo no es «la historia más hermosa que hay en el mundo»; si su doctrina es propia suya; por qué «no se parecen los

evangelios y no traen los mismos hechos»; si una sola obra que organizara los hechos del Evangelio no sería mejor que los cuatro evangelios diferentes.

Esta última cuestión se presenta así:

Dice Usted, señor, que el espíritu humano no podría imaginar nada que aumentara la perfección del Evangelio. Pero usted mismo parece indicar un modo de perfeccionarlo, es decir, hacer de los cuatro evangelios uno solo, clasificando los hechos por su orden.

Y este es el sentido de la respuesta:

Se responderá que la unidad de un solo evangelio compuesto por los cuatro libros que hemos recibido no sería una perfección mayor bajo varios aspectos; que, sin entrar en el efecto que producen cuatro historiadores originales en lugar de uno solo que hubiera habido, sin considerar las ventajas multiplicadas de las cuatro versiones primitivas sobre cada hecho, en un solo texto hubiera habido el gran peligro de alteraciones más fáciles que en cuatro; alteraciones que sin duda Dios hubiera podido prevenir por su omnipotencia, pero que ha preferido poner bajo la defensa moral y natural que guarda mejor entre nosotros todos los demás depósitos históricos. Tras el milagro que lo hubiera salvado de las alteraciones, ¿no se hubiera necesitado creer que el hombre está endurecido y probarle el milagro?

Pero sin profundizar en los designios impenetrables de la Providencia, contentémonos con observar aquí que el acercamiento que aquí hemos dejado entrever de los cuatro evangelios según el orden de los hechos, es solo una manera de prestarnos a la debilidad de nuestra inteligencia, y que lo que nuestra debilidad necesita está sin duda muy lejos de ser una imperfección.

Si se trata de un hecho propiamente dicho, como la aparición del ángel Gabriel a Zacarías, el prospecto prevé que «se haga la narración de todos los hechos relativos a esta aparición», que «se explicará el sentido dogmático y moral», que «se aportarán los hechos históricos» semejantes y que se indicarán sobre todo «las dificultades más señaladas».

Se ve el género y el método.

La moral, la historia de la Iglesia, el Antiguo Testamento, la mariología, se estudian de la misma forma. Un año el programa de moral comporta el estudio de los deberes para con Dios en el primer trimestre, el de la caridad para con el prójimo en el segundo, el de las relaciones con el mundo en el tercero y el de las virtudes personales en el último. Cada trimestre se consagrarán doce sesiones a puntos particulares y una a la recapitulación del conjunto. Otro año, se toma la moral bajo otra división: lo que se debe hacer, lo que hay que evitar, lo que es indiferente.

En ocasiones la conferencia dialogada no es más que retomar un sermón, una alocución o un discurso. Este procedimiento graba las ideas esenciales, que se ven repetidas, y no falta la aportación de nuevas precisiones. Así vemos al P. Chaminade pasar al programa de una asamblea el tema de su discurso sobre la necesidad y las ventajas de las congregaciones. Aprovecha la ocasión para introducir una cuestión bastante delicada, pero importante: «¿Tiene ventajas el ser de varias congregaciones?». Responde sin rodeos:

Si se considera a las congregaciones superficialmente y solo en algunos medios exteriores de edificación, se podrá creer fácilmente que hay ventajas. Pero si se examina bien su naturaleza, si se sondea bien el espíritu de su institución, será fácil darse cuenta de que no es ventajoso pertenecer a varias congregaciones, ni para sí mismo ni para los demás: ni para sí mismos por razón de la diversidad de direcciones así como por la gran multitud de prácticas; ni para los demás, por la dificultad, por no decir la imposibilidad, de concertar sus fuerzas y sus trabajos para el éxito de las buenas obras, sobre todo de las obras de celo.

Cuando haya expresado su pensamiento sobre la afiliación simultánea a una congregación y a una o varias cofradías, no habrá un solo congregante que no haya comprendido que el fin esencial de su asociación es crear la unión más estrecha entre sus miembros, para permitirles la práctica integral de la vida cristiana, que el aislamiento hace habitualmente imposible. ¿No es la repetición un medio eficaz de educación, sobre todo cuando toma formas variadas?

Las solemnidades litúrgicas, los acontecimientos de la vida local, el anuncio un tanto ruidoso de un grupo teatral, proporcionan otros temas cuya actualidad refuerza el interés. Se abordan incluso temas de simple formación general: hay uno sobre el arte de leer, otro sobre la pluralidad de amigos, «extraído libremente de Plutarco», indica el autor David Monier, otro también proporcionado por Plutarco sobre el modo de escuchar y de responder; otro –¿quién lo hubiera pensado?– sobre la malignidad de Herodoto. Du Cange, Dom Carpentier, Plutarco, Cicerón, Tillemont, Fleury, Bossuet y muchos otros son usados alternativamente.

Conocemos menos los programas de las jóvenes para esta época. Los documentos posteriores nos autorizan a pensar que tienden a los mismos resultados, por los mismos caminos. La moda y la danza ocupan un buen lugar, y el canto, que tampoco es desconocido para los jóvenes, ya que el oficial de honor tiene la responsabilidad del mismo, viene más a menudo quizá a serenar los espíritus.

Las jóvenes y las Damas solo tienen reuniones privadas. No es igual para la congregación. Si la exposición seguida es aquí más frecuente, la variedad se obtiene por el empleo de cartas, reales o ficticias, que piden aclaraciones sobre los temas tratados o plantean casos de conciencia. En febrero de 1808, se trata de la restitución. Aquí va una carta atribuida a un padre de familia con fecha del 8:

Me tomo la libertad de preguntaros si la obligación de restituir es personal, si pasa a los herederos, donatarios, etc. ... de los que han tomado injustamente los bienes ajenos, o causado un daño por usura u otras injusticias. Si hubiera varios herederos, ¿estaría cada heredero solidariamente obligado a la restitución? ¿Puede considerarse a los legatarios o donatarios particulares, como a los herederos o coherederos, para el objeto de la restitución? ¿Tienen sus mismas obligaciones? – He quí, señor director, muchas preguntas acumuladas, pero como todas tienen un mismo objetivo me ha parecido que debía reunir las. Todos en la congregación estamos interesados en aclararnos sobre estas cuestiones.

Con un profundo respeto...

El 23 del mismo mes un supuesto correspondiente pregunta:

Un deudor que carece de efectivos suficientes para pagar a todos sus acreedores ha obtenido de ellos una rebaja autorizada por una transacción homologada; ¿está obligado a pagarles lo que le han rebajado si, en el futuro, es capaz de hacerlo? Me parece que estas rebajas habría que considerarlas como bienes adquiridos, en cuanto que la ley ha concedido la propiedad. ¿No se podría aplicar en favor de estas rebajas hechas por la justicia los razonamientos que se hacen a favor de la ley de prescripción?

Confesemos que se podría pasar el tiempo con problemas menos importantes. El P. Chaminade está convencido de que por la dignidad del cristiano, por la seguridad de su fe, por la irradiación de su influencia, todos necesitan una instrucción religiosa sólida. Los estudios que ha hecho lo califican para asegurar su adquisición para todos; la experiencia adquirida en la práctica de la *Ratio studiorum* en Mussidan le ayuda a evitar el aburrimiento: *Utile dulci...*, ¡el ideal del maestro!

Impulsada por sus dirigentes, la congregación recobró su vigor y su fecundidad. En dos ocasiones, el 10 de julio de 1808 y el 25 de mayo de 1809, la tesorería acusa un gasto de seis francos para «recuerdos dados a los postulantes» y el 29 de enero de 1809 el tesorero inscribe

en su registro: «Para la merienda de los postulantes de San Marcial: 12 francos». Así pues, el celo de los congregantes había ayudado a la clase de los postulantes e incluso permitido establecer un grupo particular para la parroquia más alejada de la Magdalena.

Gracias también a la congregación, la educación cristiana de la juventud hizo progresos decisivos. Las dos clases que Arnaud Lafargue y Guillaume Darbignac dirigían en la calle Etuves se habían atraído muchas simpatías. La gente deseaba que se desarrollasen. En diciembre de 1804, el vicario general del Instituto de las Escuelas Cristianas, Hno. Frumence, llegó a Lión para reorganizar allí su congregación. En cuanto el P. Chaminade supo esta noticia, se entendió con Mons. d'Aviau para obtener del Hno. Frumence que enviara uno o dos religiosos, que irían a imponer el hábito a Darbignac y Lafargue y luego formar comunidad con ellos. Las negociaciones dieron resultado. El Hno. Serafín, designado como director, vino a Burdeos con un joven religioso, el Hno. Alejandro. Lafargue y Darbignac vistieron el hábito tradicional, tomando los nombres de Hno. Eloy y Hno. Paulino. La comunidad se instaló en una casa particular, cerca de la iglesia de San Eloy y el P. Chaminade fue su superior eclesiástico.

Varios barrios deseaban a los Hermanos. El alcalde, señor Lafaurie de Monbadon, de acuerdo con el arzobispo, sometió a su Consejo la propuesta siguiente:

Se suprimirán ocho de las doce escuelas primarias actualmente pagadas a 600 francos cada una, con lo que los 4.800 francos economizados se destinarán al establecimiento de las 4 escuelas de caridad que existían en otro tiempo en las 4 parroquias de Santa Eulalia, San Miguel, San Severino y San Luis.

Aprobada el 3 de julio de 1806, esta decisión recibió la aprobación de la prefectura el 5 de agosto.

Se trataba ya solo de encontrar Hermanos. Se dirigieron a Chaminade, quien propuso al Hno. Frumence la inmediata apertura de un noviciado en Burdeos: Mons. d'Aviau adelantaba los fondos necesarios; la congregación de los jóvenes procuraría buenos reclutas. Este proyecto no entusiasmaba al Hno. Serafín; a pesar de lo cual se aprobó después de unos meses de negociaciones y al comienzo de 1808 algunos novicios comenzaron su año de probación en la calle Santa Eulalia, bajo la dirección del Hno. Paulino. Dice Rigagnon:

Todos los que componían este noviciado más parecían ángeles que hombres.

Las escuelas proyectadas pudieron abrirse y en 1808 ochocientos niños recibían una educación cristiana de los Hermanos Ignorantinos.

Era un espectáculo muy edificante –escribe también Rigagnon, que entonces era seminarista– ver todos los días entrar a toda esta multitud de niños de los barrios de Santa Cruz y de San Miguel, obedientes y caminando en orden y silencio a la menor señal de los Hermanos que vigilaban todos sus movimientos.

Las chicas, por su parte, seguían procurando vocaciones religiosas: un cuadro de 1808 nos señala no menos de treinta y cuatro congregantes religiosas. La Reunión en el Sagrado Corazón de las señoritas Fatin, las Hijas del Sagrado Corazón de las señoritas Vincent, las Ursulinas, las Hermanas de San Vicente de Paúl, las Ursulinas del Sagrado Corazón o el Carmelo recogen unas u otras los más hermosos frutos del trabajo de las congregantes.



Estos resultados y otros más demuestran que la obra estaba sólidamente asentada.

No faltaban, sin embargo, las dificultades. Hay que tenerlo en cuenta para apreciar los méritos del director. A pesar de las victorias de Napoleón, Burdeos sufría cada vez más. El

puerto estaba vacío. El vino se vendía mal. Faltaba el trabajo para los obreros. En 1808, los asuntos de España valieron a la ciudad visiones de guerras. Tras el cortejo de los soberanos destronados, afluyeron por millares los prisioneros y los heridos.

La caridad cristiana –señala un testigo– no faltó en nuestra ciudad, tan famosa ya por sus abundantes limosnas. Muchas almas buenas contribuyeron para procurar ayuda a los desgraciados. Se organizaron distribuciones regulares de comida para ellos. Los visitaban, los consolaban en los almacenes donde se habían amontonado y esta desastrosa época quedó marcada con los rasgos de una caridad heroica.

Se declaró el tifus, y podemos imaginar fácilmente la enorme cantidad de preocupaciones y muertes que siguieron. Comenzaban a agitarse los espíritus. Los descontentos aumentaban por días. Irritaban las constantes llamadas de los conscritos. Desde que el Emperador entró en conflicto con el Papado, los católicos murmuraban; las dificultades de España inspiraban a unos temor, a los otros esperanzas; por muy contenida que estuviese aún, la opinión pública no dejaba de inquietar a la policía vigilante: en 1809, en la feria de Burdeos, los agentes de Fouché requisaron petacas con la efigie de Carlos IV, reconociendo la venta de estos objetos como un gesto de resistencia.

Si pensamos que en estas circunstancias el P. Chaminade perdió a su hermano Luis, de apenas cincuenta años, que su propia salud pedía cuidados, que sus recursos materiales seguían siendo precarios, que su obra no cesaba de levantar la susceptibilidad de las parroquias, que al principio de 1809 la enfermedad lo inmovilizó durante varias semanas, que algo más tarde un conato de incendio devoró en la Magdalena el monumento del Jueves Santo y una buena parte de las pequeñas riquezas de la sacristía, tendremos una visión de las condiciones en las que trabajaba el director de la congregación. Como hombre de fe, que confiaba en la Providencia, confortado con los ánimos de Mons. d'Aviau, seguía adelante. En 1807 comprometía a Teresa de Lamourous en la adquisición del antiguo convento de las Anunciadas; en Pentecostés de 1808 suscitaba la renovación solemne de la alianza de los Padres de familia con los jóvenes y en este año 1809, lleno de las más hermosas esperanzas, pensaba ponerse en camino para ir a propagar la congregación en los territorios de Agen y de Condom, a donde lo llamaba una joven piadosa, la señorita de Trenquelléon.

4. Adela de Trenquelléon

Adela de Trenquelléon pertenecía a la nobleza de Condom. Nacida en 1789, había crecido entre los disturbios revolucionarios. Su padre, el señor de Batz, barón de Trenquelléon, oficial de los Guardias franceses con rango de coronel, se había reunido con los Príncipes en 1791. Su madre, por error o por malevolencia, se vio inscrita en la lista de emigrantes al día siguiente del 18 de fructidor. De improviso, cuando volvía con sus dos hijos de Figeac, donde había pasado unas semanas con su propia madre, la condesa de Peyronnencq, había tenido que irse a España.

Los exilados se afincaron primero en Tolosa y luego fueron a Braganza, en Portugal, donde el barón de Trenquelléon se les unió a mitad del verano de 1798. Dos años más tarde, la familia, reconstituida y acrecentada con una segunda hija, Désirée, se acercaba a la frontera francesa y se establecía en San Sebastián, con la esperanza de un próximo regreso al hogar ancestral. Aún tuvieron que esperar un año.

Estos brutales acontecimientos habían madurado singularmente a Adela y desarrollado su piedad. En 1803, con ocasión de su confirmación, hizo amistad con Juana Diché, la hija de un magistrado de Agen. De ahí se siguió primero una correspondencia regular de lo más edificante y luego, a partir de 1804, la formación de una asociación piadosa, cuya iniciativa y puesta a punto parece deberse a un laico, Juan Bautista Ducourneau, al que la Revolución

había impedido llegar al sacerdocio y que ejercía el cargo de preceptor en la familia de Trenquelléon. Las hermanas de Juana Diché, Teresa, Lucila y Ágata, entraron en seguida en la pequeña asociación, con otras dos jóvenes, Adela y Rosalía de Vomies, cuya adhesión trajo Juan Bautista Ducourneau al volver de una visita a su país natal, Villeneuve-de-Marsan.

Las asociadas precisaron sus puntos de vista y sus prácticas en una convención escrita de ocho artículos:

1. Cada miembro de la asociación es completamente libre y no contrae ninguna obligación (bajo pena de pecado).
2. Todas las oraciones, buenas obras, misas, comuniones, limosnas, mortificaciones, son comunes entre todos los miembros, en este mundo y en el otro, de tal forma que las que hubieran terminado de satisfacer y hubieran obtenido su recompensa, no cesarán de interesarse por la salvación de las que estén en el purgatorio o en peligro en la tierra.
3. Como la finalidad de la asociación es obtener una buena muerte, cada miembro se pondrá bajo la protección especial de la Santísima Virgen por una comunión hecha con este propósito.
4. Al ser el viernes el día de la muerte de Nuestro Señor Jesucristo, se hace ese día unos minutos de meditación para formar en sí mismas el deseo de morir y de resucitar con Jesucristo, examinando seriamente si queremos que Dios nos llame a él en este momento; luego, recordando las siete llagas de Jesucristo, se recitan siete Avemarías. Las siete llagas son las de la flagelación, la coronación de espinas y las cinco de la crucifixión.
5. El amor de Dios es el único lazo de la asociación. Así, la exclamación: «¡Dios mío!», repetida tan a menudo y tan naturalmente por todas las bocas, servirá a todos los miembros como contraseña y equivaldrá a este acto: «¡Amemos a Dios!».
6. Si Dios quisiera que el grano de mostaza se hiciera un gran árbol, las jóvenes asociadas saborearían los frutos y los consuelos de la Asociación reuniéndose, por lo menos los viernes, para hacer en común los ejercicios de ese día.
7. Se podrían reunir otros días de la semana, o de tiempo en tiempo, para reavivar mutuamente el fuego del amor divino, comunicarse los buenos pensamientos y leer las cartas edificantes de los miembros ausentes.
8. Todos los días, a las tres de la tarde, se tiene una cita espiritual en el Calvario para adorar a Jesucristo muriendo en la cruz, unirse a él y hacer un acto de adoración de sus santas llagas. Esta práctica es totalmente interior y puede hacerse sin abandonar la compañía en que se encuentren ni dejar su trabajo. En general se exhorta a los asociados a recordar con frecuencia la presencia de Dios y elevar su corazón hacia él con frecuentes aspiraciones.

Después se añadieron dos artículos. El primero, sobre las cualidades exigidas a las personas que se pudieran añadir, estaba concebido así:

No se admitirá más que a personas probadas, de carácter sensato, apropiadas para hacer prosélitos y que se distingan por la práctica de las virtudes. Se exigirá la decencia más severa en el vestir.

El otro tendía a desarrollar la actividad apostólica:

Se exhorta a las asociadas a tratar de procurar la gloria de Dios y la salvación del prójimo por todos los medios posibles, empeñándose sobre todo en ganar el corazón y la confianza de una persona de su sexo, para atraerla al servicio de Dios, aplicándose a enseñar la doctrina cristiana a los niños, y otras piadosas acciones para tratar de hacer conquistas para nuestro divino Maestro.

No se había previsto ninguna autoridad directiva. De hecho la señorita de Trenquelléon fue el alma del movimiento. Cada semana escribía una carta edificante, que los miembros se comunicaban unas a otras. Indicaba la contraseña de la semana (una oración jaculatoria a la que llamaba «el acto»), pedía oraciones por una determinada intención, comentaba un misterio o una fiesta, recomendaba la frecuencia de los sacramentos, o incluso anunciaba los fallecimientos y las pruebas que tocaban a tal o cual asociada.

Estos son los términos en que esta joven de 16 años inauguraba su correspondencia con Ágata Diché, hermana de su amiga Juana:

+J.M.J.T.

El 2 de febrero de 1805

Dios es el principio de toda amistad cristiana...

Señorita,

No sabría expresar todo el placer que me ha producido su carta y la esperanza que tengo de que quiera usted continuar una correspondencia que espero no sea más que para gloria de Dios, igual que nuestra unión. Es la hermana de mi amiga y no hace falta más para inspirarme el más vivo interés. Y además hemos añadido una asociación que no ha hecho más que suscitar en mí una mayor unión.

Así pues, querida asociada, ya sabe cómo nos escribimos su hermana y yo. Por eso, si quiere, será igual entre nosotras; nos comunicaremos nuestros buenos pensamientos, y Dios, para edificación de la una y la otra, nos suscitará otros que quizá sin esto no se nos habrían ocurrido. Sabe también que estas cartas deben comunicarse a las demás asociadas, como se dice en el pequeño reglamento. En estas cartas solo debemos buscar nuestro progreso y no buscar demasiado el estilo, decir de forma corriente lo que creemos que conviene a la persona a quien se escribe. Me propongo tener una intención en la primera comunión que hagamos, para que Dios bendiga nuestra nueva correspondencia.

Lo que no debemos cesar de inculcarnos es el amor de Dios. El día en que reciba esta carta es el día en que el amor del Padre y del Hijo, que es el Espíritu Santo, ha descendido sobre nosotras. Conservemos el recuerdo de un día tan feliz para las dos. Tratemos de volver a encender, si hemos tenido la desgracia de apagarla, la llama del amor divino que el Espíritu Santo vino este día a encender en nuestros corazones.

Si una de nuestras queridas asociadas tiene la dicha de unirse a Jesús ese día, yo pido sus oraciones, pues según las apariencias no tendré la misma felicidad.

¡Cuánto deseaba que se presentase alguna ocasión que me permitiera gozar del placer de verla y de testimoniarle toda la amistad que me inspira en Dios! Él es el único principio de toda amistad cristiana y el único lazo duradero. Cuando nos amamos en Dios y con las miras puestas en Dios, estamos seguras de amarnos para siempre. Una amistad que no tiene como fundamento esta base, no puede durar mucho tiempo, de ordinario al menos: la menor cosa causa el enfriamiento, al contrario que amándonos en Dios, pase lo que pase, las razones para amarse subsisten siempre. Lo espero y lo deseo así: sobre estos motivos comienza nuestra amistad, que durará hasta la muerte. Así tengo confianza en que Dios bendecirá nuestra unión y me procurará la ventaja de aprovechar los ejemplos y los consejos de usted. Y para que esta unión sea más íntima, le ruego que me dé y me permita darle en adelante en sus cartas el título de amiga. Espero de usted esta señal de amistad; que no vea ya en su primera carta el nombre de «Señorita». Sí, mi querida amiga, conservemos siempre este dulce nombre y tratemos de no escribirnos ni amarnos más que para Dios y sin mezcla de interés propio ni de una amistad puramente humana.

Termino mi carta, mi queridísima amiga, rogándole que no me olvide ante toda la asociación a la que abrazo con ternura, lo mismo que a ti, en el divino Corazón de Jesús.

Tanto celo no podía quedar sin resultados. La pequeña asociación obtuvo numerosas adhesiones. De paso en el castillo de Trenquelléon en septiembre de 1805, el obispo de Agen, Mons. Jacoupy, la conoció, la bendijo y se declaró su protector. Varios sacerdotes se afiliaron y

se hicieron auxiliares, como un vicario de Agen, el señor Malon, un párroco y un vicario de Condom, el señor Destrac y el señor Ferret, el párroco de Valeilles, señor Grenier, el párroco de Lompian, señor Larribeau, y un misionero, el señor Miquel. En 1808 la asociación tenía adheridas en Agen, en Villeneuve-sur-Lot, en Valeilles y en Montflanquin en el Lot-et-Garonne, en Condom en el Gers, en Villeneuve-de-Marsan y en Saint-Sever en las Landas, en el castillo de Cordoue en Dordoña; en total, unos buenos sesenta miembros, sin contar los sacerdotes y otras personas admitidas con el título de afiliadas. Desde 1806, el señor Larribeau era el guía espiritual escuchado, «el jefe».

En eso estaban cuando durante el verano de 1808, Juan Bautista Lafon, antiguo prefecto de la congregación de Burdeos y entonces profesor en el Colegio de Figeac, fue presentado a la Señora de Trenquelléon, de visita a la Superiora del hospital, Gertrudis del Trudet. Como la conversación había llevado a la baronesa a hablar de la pequeña asociación fundada por su hija, Lafon les dio a conocer la obra de Burdeos y propuso una afiliación, que se ofreció a solicitar él mismo del P. Chaminade. En cuanto lo supo, Adela de Trenquelléon aceptó ese proyecto.

De vuelta a Burdeos al final de curso, Lafon se apresuró a cumplir su promesa. Al comienzo obtuvo menosprecio. Tras las primeras indicaciones del antiguo prefecto, el P. Chaminade proporcionó unas notas sobre las Damas del retiro. Había creído que se trataba de personas de edad madura, por lo que fijó las peticiones. Todo se aclaró en cuanto Adela de Trenquelléon se puso directamente en correspondencia con él.

He recibido –respondió él a su primera carta–, con tanto placer como interés su carta y la lista de las jóvenes que desean afiliarse a la congregación. Me conmovió mucho el fervor que me parece que reina entre tan gran número de jóvenes vírgenes. Cuando en una asamblea de la congregación de las jóvenes manifesté los deseos de su piadosa asociación y leí los nombres, todas se dieron cuenta de mi alegría y de la satisfacción interior que sentía, y todas participaron en ella; todas prometieron mirarlas en adelante como formando parte de la congregación, acordarse a diario de ustedes en sus oraciones, etc. ...

La congregación de las jóvenes tiene todos los domingos y fiestas una misa para ellas solas. Es costumbre poner sobre el altar, durante el santo sacrificio, un libro que contiene todos sus nombres. No se ponen los de las postulantes y afiliadas. Para darles una prueba del interés particular que su asociación nos inspira, todos sus nombres y los de las jóvenes a las que en adelante reciban se pondrán en este libro, que no tiene otro uso y que se guarda con respeto en la iglesia de la congregación.

Seguía exponiendo la organización de la congregación dividida en cinco «cuerpos»; entraba en algunos detalles sobre las jóvenes, y seguía:

Sin especiales motivos, pero no se recibe más que hasta los 30 años. Su asociación tiene la misma costumbre y eso es lo que me ha determinado a afiliarla especialmente a la congregación de las jóvenes, aunque estén en comunicación de oraciones y buenas obras con la congregación entera.

Las Damas del retiro tienen como práctica diaria el Acto de resignación a la muerte y la oración de san Bernardo a la Santísima Virgen. Las jóvenes recitan todos los días el Oficio Parvo del Sagrado Corazón de María, con un *De Profundis* por sus hermanas fallecidas. Le aconsejo a toda su asociación que recite cada día el Oficio Parvo en lugar de las oraciones que al principio les había indicado. Este Oficio es muy corto, pero muy hermoso y atractivo.

He hecho imprimir en Burdeos un libro, en formato muy cómodo de llevar, con el título de *Manual del Servidor de María*. Contiene, además de los oficios, oraciones e instrucciones de la congregación entera, y la mayoría de los oficios de la Iglesia. Si quieren, les podré enviar a Agen 50 a 60 ejemplares bien encuadernados. Aquí nos

vemos obligados a venderlos a 3 francos la unidad, a causa de los considerables gastos que ha supuesto esta edición.

Por esta vez, señorita, voy a terminar aquí. Poco a poco le pondré al día sobre nuestras costumbres y prácticas. ¡Ay, si pudiera hacerle experimentar bien la felicidad que hay en pertenecer de forma especial a la Madre de Dios! Aquí nos glorificamos con el título de hijos de María: creemos que formamos una familia privilegiada...

Todo lo que tengo el honor de decirle o que podré decirle en adelante, va en general dirigido a cada miembro de su asociación.

Con respeto, señorita, me reitero su más humilde y obediente servidor.

La señorita de Trenquelléon, de acuerdo con sus amigas, se apresuró a responder a todos los deseos que había expresado el P. Chaminade. Envío copia del reglamento de la pequeña Asociación, pidió doce ejemplares del *Manual del Servidor de María*, escribió a la señorita de Lamourous y aseguró a las jóvenes de Burdeos que, a cambio del recuerdo que ellas iban a tener cada domingo por sus asociadas del País Alto, estas participarían cada primer viernes de mes, en los frutos del sacrificio celebrado por el señor Larribeau en Lompian.

En unos meses la comprensión y la armonía se hicieron perfectas.

La asociación se dividió en fracciones, nombró oficiales, adoptó el Oficio Parvo del Sagrado Corazón de María, el acto de consagración, el canto de la congregación, la práctica del *Amor actual y perpetuo a María*, e incluso el principio de una participación financiera en las obras de su ejército. La señorita de Lamourous unía sus cartas a las del P. Chaminade, y una piadosa congregante, animada de un «gran celo por la gloria de María» al mismo tiempo que de un notable «espíritu de proselitismo» era la corresponsal oficial encargada de «entrar en todos los detalles» que las asociadas pudieran desear.

Por ambas partes se felicitaban y rivalizaban en emulación.

Todas nuestras congregantes —escribía el P. Chaminade— tienen una gran alegría y están muy edificadas por nuestra pequeña correspondencia: me han rogado que presente a su asociación los sentimientos de su agradecimiento por la participación que tendrán en adelante en la misa del primer viernes de mes (23 de diciembre de 1808).

Me alargaría demasiado si quisiera interpretar aquí todos los sentimientos de cariño y estima que les inspira la tercera división (28 de febrero de 1809).

El agobio en que me encuentro me impide dar a mis sentimientos hacia la pequeña Asociación la amplitud que desearía. Le ruego, pues, que les diga que las llevo a todas en mi corazón y que a menudo las he presentado en el altar sagrado. Usted, mi querida hija, tiene una participación especial por representar a la tercera división que da tantas muestras de celo por la gloria de la Madre de Dios (mayo de 1809).

Las cartas de la señorita de Trenquelléon al P. Chaminade, a la señorita de Lamourous, a la señorita Lacombe, no se han conservado, pero encontramos sus sentimientos en su correspondencia con su amiga Ágata Diché:

Muy bien, mi querida Ágata, ¿qué dices de todas las gracias que nos llegan de Burdeos? ¡Qué santo hombre parece el P. Chaminade! ¡Qué acogida tan cariñosa nos hace! ¡Ah! Tratemos de merecer la buena opinión que de la asociación ha sacado. ¿Y la carta de nuestra Madre, la señora de Lamourous? La encuentro encantadora y cariñosa. ¡Ojalá, como ella nos pide, nos ayudemos mutuamente a ganar los corazones para Nuestro Señor Jesucristo y su Santísima Madre! (15 de marzo de 1809).

Evidentemente no entró en relación con Burdeos sin la aprobación del señor Larribeau. El ayudante de Lompian conocía al P. Chaminade; quizá se había encontrado con él en España. Por eso, no pudo más que alentar la actuación de su dirigida. Exultaba ante los resultados:

La carta del P. Chaminade me ha gustado mucho. ¡Mire, pues, cómo sus santas jóvenes son ya totalmente nuestras! ¡Oh! No deje de mantener la correspondencia con esas buenas chicas. ¡Qué consoladora es nuestra asociación! Así que es verdad que la deserción no es total y que Dios se ha reservado almas que no se postran ante Baal. ¡Sea bendito por siempre! (enero de 1809).

La asociación seguía unánimemente «a la querida Adela». Los doce primeros ejemplares del *Manual del Servidor de María* encontraron comprador en seguida; de enero a mayo, el P. Chaminade había enviado otros dieciocho a la dirección de la señora Belloc, en Agen. Cada asociada quería tener el suyo.

¡Cuánto me gustan estos libritos –confiaba Adela de Trenquelléon a su amiga Ágata Diché–; todas esas hermosas oraciones, esas bellas instrucciones, esos preciosos cánticos en honor de María! (19 de enero de 1809).

El celo de esta alma de apóstol ardía con un nuevo fuego y un nuevo resplandor. Su devoción hacia María crecía de repente y se hacía comunicativa:

Tenemos, pues, el honor de ser sus hijos, miembros de su familia privilegiada. ¡Oh! Confiémosla a esta tierna Madre. Ella es el refugio de los pecadores: considerémosla a menudo con este título, pues siendo tan pecadoras como somos, es el que más nos conviene (19 de enero de 1809).

Imploremos sin cesar la asistencia de la Santísima Virgen. Es una Madre tan buena; ella no despreciará las voces de sus hijos, de sus hijas, que tanto necesitan su ayuda para sostenerse en los peligros de esta vida. Hagámosle entrega de nosotros mismos por la consagración que se encuentra en el *Manual del Servidor de María*. Insistid a todas vuestras hermanas a hacerla a menudo, pero sobre todo el jueves próximo, fiesta de la Purificación de esta Virgen incomparable.

¡Feliz quien desde la infancia
le hace el don de sí mismo
y pone su inocencia
al abrigo de su nombre!

Ella tiene un dominio absoluto sobre los demonios: invoquémosla, pues, con confianza en todas nuestras tentaciones (26 de enero de 1809).

Amemos con un amor muy especial la santa pureza, que debe distinguir a los hijos de la Virgen Inmaculada. Tengamos el mayor cuidado de no empañarla. Pongamos un guardia a nuestros ojos y un centinela a nuestros oídos, una puerta a nuestros labios, para no ver, ni oír, ni decir nada que pudiera herirla (15 de junio de 1809).

Saboreaba las recomendaciones del *Manual* acerca de las lecturas, las explicaba, las justificaba, las comentaba, las interpretaba con prudencia y ponderación:

No encuentro nada demasiado fuerte en el *Manual*. Pretende hablar de las novelas que todas, incluso las mejores, son siempre muy perniciosas y deben prohibirse a los hijos de la más pura de todas las vírgenes, que deben evitar todo lo que pudiera empañar una virtud tan delicada, que llevamos en vasos muy frágiles. ¡Ah! Mi querida, la experiencia nos enseña todos los días que no se necesita más que una palabra un poco demasiado tierna para llevar el veneno y la tentación a nuestro corazón. Huyamos, pues, hasta de la apariencia de ocasión, y recordemos este consejo del Espíritu Santo: «El que ama el peligro, perecerá en él». Ya sé, mi querida amiga, que es duro privarse de estas lecturas, pues la inocencia de las jóvenes y la astucia del enemigo no encuentran nada malo en ellas. Pero sé también que es costoso salvarse y que solo los que se hacen violencia alcanzan el cielo. Por lo demás, es mejor consultar

para elegir las lecturas a un director prudente e ilustrado; así no se corre el riesgo de equivocarse. Pero hay también muchos otros libros de distracción que se pueden leer y que son una diversión permitida: no se puede tener siempre el espíritu en tensión (2 de febrero de 1809).

¿No sería orgullo por su parte querer adoctrinar así a los demás? El señor Larribeau calmaba sus escrúpulos, moderaba su vivacidad, estimulaba sus sentimientos generosos:

Cuando escriba, hágalo con la mirada en Dios, para su gloria y por el bien de las almas. Dirija su intención antes de tomar la pluma; renuévela varias veces mientras escribe, y luego desprecie todo lo que su imaginación le pueda sugerir. No hay ningún inconveniente en que N... experimente las mismas dificultades que usted. Continúe usted sirviéndola y consolándola; aproveche usted la primera los consejos que le da a los demás. (enero de 1809).

Puede usted sacar del escrito del que me habla todo lo que juzgue conveniente para alimentar la piedad de nuestras amigas; pero no llegue a abrumarlas. Para hablar como san Francisco, estamos sentados a una mesa abundantemente provista; no podemos comernos todo. Nuestro estómago espiritual es demasiado débil para digerir tantas cosas. Contentémonos con nuestras pequeñas prácticas, pero hagámoslo con perfección... En cuanto a lo que se refiere a usted, tenga paciencia y dé gracias al Señor por las gracias que le hace: me temo que no las conoce lo suficiente. ¡Nada de pereza, por favor, sino mucha fidelidad, cueste lo que cueste! ¿Qué diría usted de un oficial que solo apareciera de vez en cuando a la cabeza de su tropa y que, cuando fuera necesario, no se batiera como un valiente y entre los primeros? Usted es una oficial; aplíquese la comparación (febrero de 1809).

Dócil, «la oficial» medita sobre la humildad y, para sostener el fervor de sus amigas, se abandona a las inspiraciones de la gracia.

Conquistemos para nuestro amable Salvador nuestro corazón. Es lo más agradable para él que podemos hacer. Es la ofrenda que nos pide de modo especial: no se la neguemos. Pero para que sea más agradable, hagamos que se la presente la Santísima Virgen, su Madre y madre nuestra. ¿Podría despreciar lo que una Madre tan buena le ofreciera? Pero tratemos de ofrecerle este corazón totalmente vacío del pecado y de sí mismo. Adornémoslo con las virtudes que le son más queridas, sobre todo la dulzura y la humildad. Que estas dos virtudes sean nuestro capital (15 de marzo de 1809).

En abril está en Condom, de visita donde sus tías, totalmente feliz por volver a ver a las asociadas que ahora forman la fracción de la Encarnación. El día 11 confía sus constataciones y sus reflexiones a sus amigas de Agen:

Estoy edificada por las virtudes que constato en esta fracción. Me encuentro muy humillada por presidirlas en nuestras queridas reuniones. ¡Ay! ellas practican ya perfectamente lo que yo voy a decirles sin practicarlo. ¡Ojalá las sigamos al menos con el deseo! El mismo Dios que las ayuda está presto a proporcionarnos el mismo auxilio. A nosotras nos toca solo corresponder a todos sus favores.

Dirigidas por el señor Ferret, vicario de San Pedro, un amigo del señor Larribeau, también las condomesas de la pequeña Asociación trabajan para adquirir la humildad. «La querida Adela» vuelve de nuevo sobre sí misma y saca unas conclusiones que comunica a Ágata Diché el 2 de mayo:

Me disgusta tanto como a usted, querida amiga, que nuestra querida fracción de la Concepción [la de Agen] no dé igual testimonio de celo que la de la Encarnación [Condom]. En fin, hay que tener paciencia y recomendarlo todo al Señor y a la

Santísima Virgen. Sobre todo, mi querida amiga, tratemos de vigilarnos a nosotras mismas para imitar a las más fervorosas de nuestras hermanas y superarlas en humildad. Esta es la virtud que debe ser la señal característica de la Asociación. Seguro que su oficial le ha dicho que la asociación de Condom hacía decir por el señor Ferret una novena de misas, para obtener esta hermosa virtud por intercesión de la Santísima Virgen. Rivalicemos en conseguirlo, sin quedarnos en una vana especulación.

Vamos a la práctica. Soportemos con resignación las pequeñas frases humillantes que nos puedan decir. Ofrezcamos todo esto al Buen Dios, reconociendo que merecemos más. No digamos nunca nada en bien de nosotras. Hablemos muy poco de lo que nos toca. No busquemos sino agradar a Dios. No hagamos nada para atraer las miradas de los demás. Tratemos de llevar una vida escondida a ejemplo de la Santísima Virgen.

Sí, una vida escondida, pero una vida útil: la humildad verdadera va acompañada del celo por los intereses de Dios. La señorita de Trenquelléon lo entendía cada vez más. Se alegraba de los progresos de su pequeña Asociación y quería cultivar la humildad para ganar nuevas almas para Jesucristo:

No busquemos, querida amiga, más que la gloria de Dios en todos nuestros actos, que tendrán así un valor infinito. Tomemos como divisa la de san Ignacio: *¡A mayor gloria de Dios!* Nuestra Asociación debe estar enteramente consagrada a ello. Tratemos de procurar esta gloria, por todos los medios que estén en nuestra mano. Mostremos la devoción dulce y amable. Reformemos para ello nuestro carácter, a fin de atraer los corazones a Jesucristo. ¡Qué mayor motivo para animarnos a hacernos violencia que el pensar que acaso tengamos la incomparable felicidad de arrancar un alma del infierno y consagrarla al Señor! La práctica de las virtudes cristianas es tan amable; la santa humildad gana los corazones: que esta sea, como diría el señor Ferret, la señal característica de nuestra Asociación (15 de junio de 1809).

El P. Chaminade podía ir: los corazones estaban preparados.



Había un deseo de la pequeña Asociación aún no satisfecho: sus miembros no participaban en las indulgencias de las que se podían beneficiar los congregantes de Burdeos igual que los de todas las congregaciones canónicamente erigidas y regularmente afiliadas a la *Prima primaria* de Roma. Adela de Trenquelléon y sus amigas eran congregantes de corazón, pero no lo eran de derecho, y deseaban serlo.

Las congregaciones no son unas cofradías como las otras. Tienen una legislación propia, que les ha sido otorgada por la Santa Sede, y en virtud de ella, para ser congregante, hay que ser recibido por el director canónico y en condiciones muy precisas.

Si todas las asociadas de la pequeña Asociación hubieran podido ir personalmente a Burdeos y someterse a la ceremonia de recepción, no se habría creado ningún problema. Pero de hecho, en aquellos años, ninguna podía plantearse ese desplazamiento. Hacer erigir una congregación independiente en Agen o en Condom solo hubiera sido solución para una fracción de la Asociación, y esa solución hubiera sido incompleta incluso para esa fracción local, pues hubiera sido necesario acudir a Roma también para obtener su afiliación a la *Prima primaria*, lo que en aquellas circunstancias se manifestaba casi imposible.

El P. Chaminade estudió largamente la cuestión. El 28 de febrero de 1809, deja entender que entrevé la posibilidad de dar la vuelta a las dificultades. Le dice a su corresponsal:

Aprovecharé la ocasión, o mejor, tomaré los medios para haceros definitivamente congregantes. Tendré el honor de comunicároslo antes del final de cuaresma.

Sin duda vacilaba aún, ya que al final de la cuaresma se necesita un recuerdo de la señorita de Trenquelléon para decidirle a exponer su plan el 28 de marzo.

Tiene prisa por conocer el medio que pienso tomar para hacerlas definitivamente Hijas de María. Su prisa me agrada y me edifica. No pensaba decírselo hasta algún tiempo después de Pascua, pero voy a satisfacer ya sus deseos. Un viaje que comprendiera cuatro o seis de las capitales del distrito de la pequeña Asociación, que hoy es la tercera división, me parecería un medio de ver a todas mis nuevas hijas, en tantos grupos o reuniones como lugares se fijaran. Cada reunión sería recibida, etc. ... Todavía no he tratado de prever y menos aún de solventar las dificultades que semejante proyecto conlleva necesariamente: tengo tan gran deseo de hacerlos llegar las gracias y privilegios concedidos a los Hijos de María, que tengo por nada las penas de este largo viaje. Podría examinar usted misma: 1º si es posible realizar el proyecto en un espacio de tiempo bastante corto (porque puedo disponer de muy poco); 2º cuáles serían los medios de ejecución; 3º qué precauciones habría que tomar. No hay que hablar de ellas, o hablar muy poco, hasta que el proyecto esté maduro, hasta que estemos de acuerdo en todo.

El P. Chaminade pensaba, pues, que por sus poderes de misionero apostólico, podía él, con la autorización de los ordinarios diocesanos, proceder a la recepción de congregantes fuera de Burdeos. No nos ha llegado la respuesta de su corresponsal, pero podemos adivinarla fácilmente según las reflexiones que ella le sugirió en mayo siguiente:

Señala usted muy bien las dificultades afrontadas por la fervorosa afiliación; hay otras que no serían fáciles de señalar; pero no renunciemos con facilidad a un proyecto que solo puede hacer nacer buenos sentimientos y anudar cada vez más los preciosos lazos que nos unen. Además puede llevarnos a perfeccionar nuestra obra bajo otros aspectos... No estoy autorizado por el Sumo Pontífice a delegar el poder de recibir. Paciencia, celo, perseverancia. Esperemos que todo se arregle a su tiempo.

Lo que no era posible hoy podía serlo mañana. En su fe, el P. Chaminade no creía que la llamada de la pequeña Asociación a la Congregación de Burdeos quedaría sin respuesta.

Esperemos todo tipo de éxitos por la protección de nuestra Madre. Bajo sus auspicios, hemos triunfado aquí en cosas mucho más difíciles.

